

MERCHE DIOLCH

*Para
regalo*



MERCHE DIOLCH

*Para
regalo*



Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

*A mi familia:
nada sería igual si no os tuviera a mi lado*

El mundo está lleno de libros preciosos que nadie lee.

UMBERTO ECO

Prólogo

Toda historia es una historia interminable.

MICHAEL ENDE, *La historia interminable*

El hombre empujó la puerta de la librería sin apenas esfuerzo. El eco de sus pasos resonó en la tienda, acompañando al silencio de las estanterías solitarias. Avanzó entre los corredores desiertos hasta la escalera que desaparecía en el piso superior y, sin dudarlo, temiendo lo que sus ojos podrían encontrar, ascendió hasta el apartamento.

Lo que vio respondió a sus miedos.

El colchón desnudo, en mitad de la habitación, era el retrato de lo que allí había sucedido.

—Se ha ido —susurró—. Sin mí...

Capítulo 1

Todo tiene una moraleja, sólo falta saber encontrarla.

LEWIS CARROLL, *Alicia en el País de las Maravillas*

—Seguro que este libro le gustará.

La joven que había detrás del mostrador ofreció un pequeño y colorido cuento al matrimonio mayor que había entrado en la librería hacía media hora. Buscaban un regalo, un cuento diferente de los que encontrarían en cualquier gran superficie y que atrajera la atención de su nieto. Les habían aconsejado que acudieran a Para Regalo, una pequeña tienda ubicada en el callejón Sin Retorno que escondía entre sus paredes una biblioteca con libros peculiares. Y, aunque al principio las dudas se habían apoderado de la pareja al observar el deterioro de la fachada exterior del edificio —la pintura verde de la puerta estaba desconchada, la cristalera estaba deslucida y el cartel que daba nombre al establecimiento pendía precariamente de una de sus esquinas, dando una imagen de abandono—, nada más traspasar la puerta, sus temores desaparecieron.

Habían llegado al «País de las Maravillas»: las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera repletas de libros de todos los tamaños que desaparecían en el interior de la tienda, por lo que nadie podría haberla descrito como «pequeña». Unos hilos invisibles cruzaban el establecimiento de lado a lado, de los que colgaban bombillas que proporcionaban la iluminación necesaria para, junto con la poca luz solar que se filtraba desde la cristalera, ofrecer al espacio un halo de ingravidez. El reflejo de pequeños cristales que se ubicaban en lugares estratégicos formaba en algunas esquinas arcoíris multicolores.

Además, para contribuir al ambiente de fábula, había sillones de diferentes tamaños y tonalidades entre los corredores que se creaban a partir de las estanterías, animando a los clientes a que se acomodaran mientras decidían si llevarse uno u otro libro.

El lugar era mágico, pero al mismo tiempo hogareño.

El sonido de una pequeña campanilla, colgada en el techo, había tintineado en la librería, avisando a la dueña de que tenía clientes y, sin mucha demora, ella los había recibido con una enorme sonrisa. De eso hacía más de media hora ya, y aunque la indecisión de la anciana había llevado a que encima del mostrador hubiera bastantes cuentos desechados, Marta sospechaba que finalmente habían dado con el elegido.

—¿Usted cree? —preguntó la mujer mayor mientras hojeaba las páginas del cuento.

La dueña rodeó la mesa que hacía de mostrador y se acercó hasta ellos. Se recolocó las gafas de pasta roja y la blusa que llevaba, la cual había perdido el brillo del blanco tras numerosos lavados, y

tomó el libro de entre las manos de la mujer.

—*El gato Sonrisas* conseguirá enamorar a su nieto. —Pasó una a una las hojas, deteniéndose de vez en cuando en alguna de las ilustraciones para que observaran los detalles.

—Leonor... —el hombre mayor se dirigió a su esposa—, haz caso a la señorita...

—Pero...

Marta miró a la pareja y tomó una decisión.

—Hagamos una cosa. —Cerró de golpe el cuento infantil—. Llévenselo. No me paguen nada. —Se recolocó de nuevo las gafas mientras asía una de las bolsas de regalo y metía el libro en su interior—. Si a su nieto le gusta, vienen y me lo abonan y, si no... —les ofreció el paquete con una sonrisa—, me lo devuelven y buscaremos otra cosa.

El matrimonio la observó asombrado.

—¿No le pagamos? —preguntó incrédulo el hombre.

—No —confirmó ella—. Tomen —ofreció de nuevo.

La anciana cruzó una mirada con su marido. A continuación, agarró la bolsa y afirmó:

—La fiesta de cumpleaños no es hasta el fin de semana.

Marta asintió con la cabeza.

—Los espero la semana que viene —señaló.

—La semana que viene entonces —ratificó el hombre.

La pareja se despidió de ella y se marchó.

En cuanto desaparecieron, una dulce carcajada resonó entre las estanterías.

—Marta, así nunca saldarás la hipoteca de Para Regalo.

Una rubia de casi dos metros con un cuerpo escultural, embutida en un vestido de tubo de color blanco y subida a unas botas negras de gran tacón, se acercó hasta la dueña de la librería.

—Volverán —dijo la aludida con sus ojos marrones fijos en la pared de ladrillo que había enfrente de la tienda.

—Pero, si por lo menos lo hubieran pagado, te habrías asegurado un dinero —señaló su amiga al tiempo que se ponía el abrigo negro que había sobre uno de los sillones próximos al mostrador.

—Cris, volverán —insistió ella.

La rubia bufó, cogió su bolso y se acercó a la puerta de la calle.

—Marta, no puedes seguir así. Piensa en lo que hemos hablado. —La miró—. Me voy, que tengo una reunión. ¿Comemos esta semana?

La dueña de la librería se subió las gafas rojas, que se habían escurrido de su pequeña nariz, y asintió con la cabeza.

—Decide tú el día. Eres quien tiene la agenda más complicada.

Cristina le guiñó un ojo.

—Te llamo.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, Marta se acercó para dar la vuelta al pequeño cartel que indicaba que estaría ausente diez minutos. Necesitaba pensar en todo lo que había sucedido desde que su amiga Cris había aparecido esa mañana.

Se adentró en la librería hasta una escalera que ascendía al piso superior, donde se encontraba su apartamento, de un solo ambiente. La cama presidía todo el espacio, rodeada de montañas de libros que

debía sortear cada vez que quería llegar hasta ella. Sobre el lecho destacaba un edredón blanco con una gran estrella en el centro del mismo, siendo el único abrigo que necesitaba por las noches. La barra americana, que ella misma había decorado con fragmentos de los libros que más le gustaban, separaba los espacios de la cocina y el salón-dormitorio, y por una pequeña puerta se accedía hasta un minúsculo cuarto de baño, del que su dueña lamentaba que, en vez de tener un reducido plato de ducha, no hubiera espacio suficiente para una bañera de esas de patas de garra que aparecían en algunos de los libros románticos que tanto leía.

Se sentó en el poyete de una de las ventanas que daban al otro lado del callejón y dejó que sus ojos se perdieran por la verde arboleda que poblaba el parque. Había niños jugando a la pelota, familias completas paseando o parejas de enamorados que caminaban agarrados de la mano, sin ser conscientes de lo que los rodeaba.

Marta expulsó el aire que retenía y recordó la conversación que había mantenido con su amiga, y también abogada, momentos antes de que entrara la pareja de ancianos a la librería:

—Cada vez tienes más deudas, Marta —le indicó Cris mientras bebía de la botella de agua que había cogido de la nevera.

—El negocio no marcha bien últimamente...

La risa de su amiga la interrumpió. Se acercó hasta ella, que, sentada en el mismo lugar donde ahora se encontraba, intentaba recogerse el cabello en un moño, utilizando para ello uno de los miles de lápices que había por la habitación. Siempre llevaba sujeta su larga melena castaña, aunque para ello utilizaba cualquier cosa que tuviera cerca (menos una goma). Cristina atrapó sus manos y la instó a que la mirara.

—Marta, la librería no ha dado beneficios nunca. Ni cuando era propiedad de tu tía ni cuando tú la heredaste.

—Pero...

Su amiga apartó uno de los mechones marrones de su rostro y le subió las gafas rojas, acariciándole la mejilla en su camino.

—Cariño, no puedes seguir así. —Le dio un beso y se sentó a su lado—. Vas a tener que cerrar la tienda.

Marta ahogó un grito y se levantó de golpe para dejarse caer luego sobre la cama con resignación.

—No puedo. La librería —abarcó con los brazos todo cuanto las rodeaba— es mi hogar.

Cris se apartó un mechón rubio del rostro y se cruzó de brazos.

—Lo sé, pero... —Dudó—. Marta, estás en la ruina. La librería soporta una segunda hipoteca que no puedes..., que tus ingresos no pueden afrontar. Tienes que vender y...

—¡Vender! —gritó ella mientras le daba la espalda. Sabía que su situación no era muy holgada. Sospechaba que debía algunas mensualidades de la hipoteca, pero de ahí a... ¿vender?

—Marta... —Su amiga se acercó e intentó agarrarla por los hombros, pero ésta se alejó de nuevo en cuanto intuyó sus intenciones.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Se sentó en uno de los dos taburetes rojos cercanos a la cocina y se recogió la larga falda negra que llevaba para no pisarla, dejando expuestos sus pies desnudos —le gustaba estar descalza, por lo que las sandalias esperaban a su dueña al lado de la puerta—, y se deshizo el moño para volver a hacérselo de nuevo.

La rubia la miró y dejó que todo su cuerpo cayera sin fuerzas sobre el edredón blanco de la cama.

—Cada vez que me llegaba una carta del banco te avisaba, pero tú no querías saber nada.

Marta gruñó. Era verdad. Escudada en que nunca le habían gustado los números y que para ella los recibos estaban escritos en chino —idioma que ella no hablaba—, lo había dejado todo en manos de Cristina, su abogada. Ella, como buena amiga, había insistido más de una vez en que debía buscar una solución al problema que se le venía encima, pero... la librería no daba para pagar nada. A duras penas sobrevivía y, aunque había intentado más de una vez buscar una solución —sobre todo cuando recibía alguna visita o llamada «profesional» por parte de Cris—, no la había hallado. De acuerdo, la culpa era de ella, nadie más podía tenerla, más aun cuando solía perderse y alejarse de ese mundo materialista con cualquiera de los miles de libros que inundaban la tienda. Pero... era una realidad: su mundo de sueños se derrumbaba.

Hacía diez años que Para Regalo había llegado a su vida. Había sido una herencia de una tía lejana —tan lejana que ni la recordaba—, con la que había creído que se resolverían todos sus problemas. Tenía un oficio. Tenía un trabajo que adoraba, pero era una profesión con poco futuro. Cada vez más, los clientes escaseaban. Eran muchos los que preferían sumergirse en el nuevo juego de la última consola que había salido al mercado o «embobarse» delante la televisión. Por no hablar del ebook...

En fin..., las ventas se habían reducido y, por consiguiente, las deudas de Para Regalo habían aumentado.

Si no encontraba pronto una solución, Marta perdería todo lo que tenía.

De pronto, un grito atrajo su atención devolviéndola al presente. Miró hacia el linde del parque y observó cómo un perrito cruzaba la calle esquivando los coches que circulaban por la vía en ese momento. Fue un milagro que llegara hasta la otra acera sano y salvo. Un hombre rubio, vestido con unos vaqueros y un polo verde, se acercó corriendo hasta el paso de cebra y llamó de nuevo al animal. Marta no supo identificar muy bien lo que gritaba, pero, por los gestos que hacía con las manos, sin saber muy bien qué hacer con ellas, supuso que era el dueño del animal y que estaba preocupado.

Entonces observó cómo cruzaba la calle en pos del cachorro y desaparecía de su vista.

—Espero que lo encuentre —rezó Marta en voz alta.

Capítulo 2

No podría decir qué momento, qué lugar, qué mirada o qué palabra sirvieron de base. Hace ya demasiado tiempo. Lo que sí sé decirte es que, para cuando me di cuenta, ya estaba metido hasta el cuello.

JANE AUSTEN, *Orgullo y prejuicio*

Unos golpes insistentes en la puerta de entrada de la tienda provocaron que Marta descendiera precipitadamente a la planta baja, dejando aparcadas las preocupaciones sobre sus deudas.

Atravesó los pasillos de libros, sorteó el enorme sofá azul, ubicado en mitad del establecimiento, y llegó casi sin resuello para atender a quien requería que se le abriera con tanta urgencia. Las prisas la llevaron a tropezar con un par de libros que se encontraban en el suelo, haciéndose daño en los dedos del pie (con las prisas, había olvidado ponerse las sandalias).

—¡Mierda! —espetó en voz alta—. Cris, como seas tú la de los golpes, te vas a acordar de mí por un tiempo —juró mientras abría la puerta.

Sin embargo, enmudeció al comprobar de quién se trataba. Delante de ella no se hallaba la abogada, sino el chico rubio al que acababa de ver cruzar la calle detrás de su mascota.

—Hola, perdona —la saludó él—. Mi perro se ha escapado. He visto cómo entraba en este callejón, pero, cuando he llegado a la librería, ya no estaba.

—Hola —dijo ella embobada.

—No lo entiendo —continuó él, sin percatarse del estado en que se encontraba Marta—. Una pared le corta el camino, no hay salida. —Se revolvió el corto cabello, mostrando la preocupación que sentía—. Así que he pensado que *Robin* podría estar aquí. —Empujó la puerta, que ella había dejado entreabierta, y la apartó sin muchos miramientos para adentrarse en la tienda—. ¡*Robin!* ¡*Robin!*

Los gritos, que resonaron por el local, hicieron reaccionar a la joven.

—Perdona... —Siguió al recién llegado, que cada vez se adentraba más en la librería, ignorándola—. Oye, perdona...

—¡*Robin!* —gritó de nuevo él sin obtener ningún resultado. Se volvió hacia ella y se pasó la mano por el pelo dejando en evidencia su estado—. No sé dónde puede estar —señaló con resignación. Se sentó en el gran sofá y escondió el rostro entre las manos—. La productora me va a matar.

Marta lo miró anonadada. No comprendía nada de lo que sucedía. Hacía un instante estaba llorando sus penas en el apartamento, y ahora, delante de ella, se encontraba uno de los hombres más deseados por las mujeres de medio mundo. Se atusó el cabello y se recolocó las gafas. Se alisó la larga falda y tiró de su blusa hacia abajo en un intento de mostrarse presentable. Lo observó de nuevo sin dar crédito y pensó

que quizá se equivocaba y se tratara de un mero parecido. Esperó a que hablara de nuevo mientras dejaba clavados sus ojos marrones en él, en un escrutinio un tanto incómodo que su «invitado» no percibió.

Pasaron unos pocos segundos en los que ninguno habló, ensimismado cada uno en sus pensamientos, hasta que un ruido al fondo de la tienda llamó la atención de ambos.

El hombre se levantó con rapidez e intentó encaminarse hacia el lugar desde donde les había llegado el sonido, pero no había dado ni dos pasos cuando su avance se vio interrumpido. Marta no lo dudó. Podía tratarse del actor más deseado del celuloide —título que le habían adjudicado en las últimas revistas que había leído—, pero ahora mismo era un extraño sin educación que invadía su territorio, y tenía que pararle los pies.

—¿Se puede saber qué quieres? —lo interrogó.

Él la miró asombrado por el tono que había empleado, observándola por primera vez con detenimiento. Tenía ante sí a una mujer de poca estatura —sus ojos le llegaban a la barbilla—, con el pelo castaño bastante desordenado y recogido por un lápiz en precario equilibrio. Su vestimenta, una larga falda y una blusa que había conocido tiempos mejores, le impidió vislumbrar su silueta, por lo que devolvió su atención al rostro femenino. En él destacaban unas gafas rojas que le obstaculizaban el análisis de su tez nacarada, pero, aunque no podía asegurarlo, habría jurado que un pequeño bosque de pecas invadía su delicada nariz. Su instinto lo empujó a contar cada una de las minúsculas motas marrones que poblaban el rostro femenino mientras le prodigaba más de un beso. Era como un imán que lo llamaba a gritos, pero, antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse con posterioridad, pestañeó un par de veces y negó con la cabeza.

—Mira, no tengo tiempo para tonterías —repuso—. Yo... —Pero las palabras se atascaron en su garganta. La mujer puso el dedo índice sobre su pecho y lo miró desde detrás de las gafas, interrumpiendo lo que fuera a decir.

Él no pudo más que levantar las palmas hacia arriba y le regaló una preciosa sonrisa, de esas que habían denominado «de Cary Grant», que habría encandilado incluso a la fiera más salvaje de la sabana.

—Cuidado con eso. —Señaló el dedo de la mujer—. Dicen que los carga el diablo.

Marta lo miró sin saber a qué se refería, hasta que su cerebro se puso en funcionamiento. Bajó el dedo acusador y ancló sus manos sobre las caderas. Elevó su rostro para enfrentar la mirada masculina, pero el acto perdió fuerza cuando las gafas se deslizaron por su nariz y su «invitado» se las recolocó sin darle tiempo a reaccionar. Tosió, retiró un mechón que había caído sobre su cara y lo miró de nuevo.

—¿Qué quieres? —repitió, intentando alejar la sensación de incomodidad que sentía en esos momentos.

Él bufó e imitó sus movimientos, dejando sus manos en la cintura.

—Ya te lo he dicho: estoy buscando a *Robin*...

—¿*Robin*?

El hombre se apartó el rubio flequillo de los ojos, dejando visible una penetrante mirada azul.

—Mi perro. Bueno, mejor dicho, no es mi perro, sino del estudio. Me lo han dejado para que le diera un paseo, y él..., yo..., ambos nos hiciéramos «amigos».

Marta observó el gesto de constricción en su rostro y no pudo evitar mostrarle una tímida sonrisa.

—Y ¿crees que se encuentra en mi tienda?

Él asintió.

—Cuando he llegado al callejón detrás de *Robin*, ya había desaparecido, y el único lugar donde ha podido esconderse es aquí.

—Pero eso es imposible. La puerta estaba cerrada y...

Un ladrido resonó entonces al fondo de la tienda, contradiciendo cualquier explicación que pudiera dar la dueña del local.

La pareja se miró y, sin mediar más palabras, corrieron hacia el lugar donde habían oído al animal.

Al fondo, entre cajas vacías y algún cojín que Marta había olvidado hacía ya un tiempo, un perrito negro, con la lengua fuera, movía el rabo de un lado para otro al tiempo que saltaba de alegría al verlos.

—*Robin*... —El hombre lo llamó y estiró los brazos para coger al animal.

Marta no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Éste es tu perro? —Él asintió con una gran sonrisa—. Y ¿cómo ha entrado en la tienda si...? —Marta observó las cajas y luego sus ojos fueron de la puerta, algo lejana, al lugar donde había encontrado a la mascota mientras señalaba los dos puntos como si estuviera loca.

—Tendrás alguna puerta secreta, como en el cuento de Alicia —repuso él con una profunda carcajada.

Marta lo observó al principio con seriedad, pero no pudo evitar reír cuando *Robin* le regaló un empalagoso lengüetazo a su amo.

Pasados unos segundos, él alargó el brazo y se presentó:

—David. Me llamo David. —Le estrechó la mano y le guiñó un ojo.

—Lo sé —dijo Marta.

Él la miró algo sorprendido.

—¿Lo sabes?

—Creo que tu cara —le tocó la nariz con rapidez— está bastante expuesta en vallas publicitarias, en revistas y en el cine.

David se encogió de hombros.

—Puede ser —confirmó mostrándole una pícara sonrisa—. Y ¿tú eres? Creo que estoy en clara desventaja...

Ella se rio, le dio la espalda y se encaminó hacia el mostrador de la tienda.

—Marta, y soy la dueña de lo que ves.

El hombre no tardó en seguirla mientras acariciaba al perro, que estaba algo nervioso por no poder corretear con libertad entre las distintas estanterías de libros.

—Es muy bonita —indicó él nada más llegar a la entrada, al mismo tiempo que Marta le devolvía la mirada de nuevo, provocando un momento algo incómodo.

—Es mi hogar.

David asintió.

—Es lo que transmite —le confirmó, lo que hizo que ella se sonrojase.

A continuación, el silencio los envolvió. Un silencio que ninguno quiso interrumpir, hasta que el teléfono de la tienda comenzó a sonar.

Marta sonrió a su invitado y atrapó el auricular.

—Para Regalo, ¿dígame?...

—Yo me voy —le susurró David mientras señalaba la puerta y le daba las gracias por su ayuda.

Ella no pudo más que asentir con la cabeza mientras la campanilla repiqueteaba y el actor se alejaba.

Capítulo 3

Cuando se resta infinito de infinito, la respuesta puede ser cualquier cosa que uno quiera.

STEPHEN HAWKING, *La teoría del todo*

—¿En serio que conociste a David Finch?

Marta gruñó y miró a Cris con cara de pocos amigos. Era la septuagésima vez que le preguntaba lo mismo desde que esa mañana, en mitad del desayuno, se lo había contado. No pudo evitar sonreír cuando el recuerdo de ese momento le vino a la cabeza.

Ambas habían quedado, aprovechando que era domingo, la librería cerraba y la abogada hacía un alto en su trabajo, para desayunar en su lugar favorito, El Hogar de Bea. Conocían a la dueña desde hacía bastantes años, y siempre que acudían a él las trataba como a amigas, y no como a simples clientas.

Cris se había acomodado en un sillón marrón de grandes orejas y Marta había optado por una silla de tapizado floral a juego con la multitud de plantas que había repartidas por toda la cafetería. Dejó la mirada fija en una de las láminas que colgaban en la pared del establecimiento, donde un barco de vapor luchaba contra una tempestad de nieve, mientras su amiga saboreaba las frutas que conformaban su desayuno. Atrapó su taza de café y, cuando estaba a punto de beber, comentó:

—El otro día, cuando viniste a la tienda —Cris, que masticaba un trozo de sandía en ese instante, hizo un ruido extraño, confirmándole que se acordaba—, David Finch entró en la librería.

La abogada empezó a toser de forma exagerada, atrayendo la atención del resto de la clientela, y cesó de pronto cuando Bea, la dueña de la cafetería, le dio un fuerte golpe en la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras la miraba algo confusa.

—Ajá. —Cris asintió con la cabeza y señaló a su amiga—. Me he atragantado con la sandía ante el chiste de Marta.

—¿Con la sandía? —repitió Bea extrañada.

La librera observó a ambas mujeres y se defendió:

—No es ningún chiste. Es la verdad.

Cristina se limpió la boca con la servilleta mientras insistía sobre la misma idea:

—Confiesa que has querido gastarme una broma y...

Marta dejó su taza de café sobre la mesa con demasiada fuerza, lo que provocó que el líquido marrón se derramara un poco sobre la superficie, interrumpiendo a la abogada.

—Ehh..., ten cuidado. No quiero quedarme sin vajilla. —Bea atrapó la mano de la librera e intentó poner paz entre las dos amigas. Se sentó en un taburete cercano y se acomodó entre ellas—. Vamos a aclarar lo que está pasando.

—Pero...

—Es que...

Marta y Cristina intentaron explicar al mismo tiempo lo que había sucedido a la dueña de la cafetería, pero ésta levantó su dedo índice y chistó levemente, acallándolas.

—De una en una, por favor.

Cris miró a su amiga y le dirigió un pequeño movimiento de cabeza para que comenzara ella.

—Le estaba contando lo que me sucedió el otro día en la librería...

—¡Surrealista! —interrumpió de pronto la rubia, levantando las manos al cielo.

Bea la miró, dejando claro con su silencio lo que pensaba del comportamiento de la abogada, y devolvió su atención a la otra mujer:

—Continúa.

Marta se mordió el interior de la mejilla para evitar sonreír ante la regañina silenciosa que había presenciado y no tener también en su contra a la dueña de la cafetería. Sabía por experiencia que Bea aguantaba pocas tonterías y que, cuando explotaba, era mejor tenerla lejos. Mario, el dueño de la revista *Espejismo*, podía dar cuenta de su carácter. Eran una pareja peculiar y, aunque Cris le insistía una y otra vez que no había nada entre Bea y él, Marta no estaba muy convencida. La química que transmitían cuando estaban juntos contradecía los hechos. Algo había entre esos dos que...

—Marta... —reclamó su atención la protagonista de su despiste—. No tengo todo el día. Estoy trabajando.

La librera se rio y apartó de su rostro un par de mechones que se le habían escapado del recogido.

—Perdón... El caso es que el otro día tuve una visita inesperada en Para Regalo. —Hizo una pausa dramática—. David Finch. —Señaló a su amiga—. Y Cris cree que le estoy mintiendo.

La abogada se encogió de hombros.

—No puede ser —refutó.

La dueña de la cafetería se levantó del taburete, lo devolvió a su sitio y miró a Cris.

—Ayer entró aquí —anunció.

—¿Quién? —interrogó la letrada—. ¿David Finch? —Bea asintió—. ¿El actor? ¿Aquí? ¿En la cafetería?

Bea saludó a una mujer rubia con una amplia falda multicolor que acababa de entrar en el establecimiento. Le hizo una señal para que le diera un segundo y devolvió la atención a sus clientas.

—Está en el pueblo grabando su última película —explicó, y se marchó dejándolas de nuevo solas.

Cris observó a Marta, atrapó uno de sus mechones dorados y comenzó a enrollárselo entre los dedos.

—¿Y bien? —preguntó la librera, mostrando en su cara una radiante sonrisa.

—¿Y bien, qué?

—Cris...

—Vale. Lo siento. Creí que...

—Creíste que tu amiga, esa que pasa mucho tiempo entre las historias imaginarias de los libros, se estaba inventando una.

La abogada la miró, atrapó su taza de té y bebió de ella sin añadir nada más.

—¡Cris! —gritó Marta golpeándola con la servilleta—. No seas tonta.

—Perdón, perdón, perdón... Venga, dime...

La librería se hizo la despistada.

—¿El qué?

Su amiga gruñó mientras cogía un pedazo de fresa.

—Vale, me lo merezco —refunfuñó.

Marta se rio, se inclinó sobre la mesa, animando a su amiga a que la imitara, y susurró:

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es? ¿Es tan guapo como aparece en sus películas? ¿Y su sonrisa? ¿Es comparable a la de Cary Grant? Marta, por favor, cuéntame algo —suplicó, lo que hizo que su amiga volviera a reírse.

—Es... David Finch.

Cristina la miró con la boca abierta para, a continuación, golpearla con la servilleta.

—Eres mala.

Marta suspiró.

—Es alto, más de lo que parece en sus películas —empezó—. Su cabello posee la tonalidad del trigo en verano; su mirada es penetrante, del color del océano, y su risa es profunda. De ancha espalda, sus manos son grandes pero delicadas, y tiene un trasero que...

Las dos mujeres rieron como locas cuando dejó inconclusa la descripción. Ambas sabían cómo era el trasero de David Finch sin tener que ponerle un calificativo en voz alta.

—Pero, dime, ¿qué sucedió?

La librería miró a su amiga y le refirió el encuentro que había tenido con el actor en su tienda.

De eso hacía ya unas horas. Luego habían abandonado El Hogar de Bea en dirección al despacho de la abogada, donde Cris debía continuar con su trabajo —tenía un caso muy importante entre manos que le dejaba muy poco tiempo libre—, y aunque Marta le había explicado con todo detalle el encuentro que había tenido con el actor, su amiga seguía insistiendo en lo mismo mientras caminaban por la calle.

—Marta, entiéndeme. En este pueblo no sucede nunca nada extraordinario...

Ella se rio en voz alta, interrumpiéndola:

—Lo dice la letrada más solicitada por las «altas esferas».

Cris hizo un gesto con la mano y la miró.

—No es lo mismo. Eso es trabajo, y esto... Tu encuentro con David Finch, el actor más deseado por las mujeres de medio mundo, por no hablar de los hombres..., aquí —señaló lo que las rodeaba—, en el pueblo donde vivimos, donde nunca sucede nada extraor...

De pronto, enmudeció y su rostro palideció. Marta la miró extrañada por su silencio, sin comprender nada, hasta que un carraspeo llamó su atención.

—Buenos días.

La librería se volvió presintiendo a quién iba a encontrarse de frente. Rezó todo lo que sabía, rogando a los santos que el recién llegado no hubiera oído la conversación que mantenían Cris y ella, y lo saludó mostrando una tímida sonrisa.

—Hola.

A continuación, le propinó un golpe con el codo a su amiga para que reaccionara, arrancándole un saludo que apenas si se oyó. No comprendía cómo Cris, quien poseía el título de «Abogada Impasible» entre sus compañeros letrados, pudiera quedarse muda de pronto ante un actor.

Los segundos transcurrieron sin que ninguno de los tres dijera nada y un silencio incómodo los

envolvió. David se apartó el flequillo de la cara y observó a Marta mientras ésta le correspondía con una sonrisa. Entonces Cris miró a la pareja y tomó una decisión.

—Marta, me voy, que llego tarde —se despidió y se alejó sin darles opción a que ninguno añadiera nada.

La librería tardó en darse cuenta de lo que había sucedido. Su «querida» amiga la había dejado sola y ahora no sabía qué hacer.

—Creo que será mejor que yo también me vaya... —señaló con poco convencimiento.

—Sí, claro... —dijo el hombre mientras se recolocaba de nuevo el flequillo rubio.

Volvieron a pasar unos segundos en los que ninguno de los dos habló ni realizó ningún movimiento.

—Pues me voy... —repitió ella.

—Esto...

—¿Sí?...

David soltó el aire que retenía.

—No te di las gracias el otro día, cuando me ayudaste con *Robin*.

Marta se rio.

—No hice mucho —señaló—. Todavía tengo que averiguar por dónde entró.

—¿Te apetece tomar un café?

La librería miró a un lado y a otro creyendo que se trataba de algún tipo de broma de cámara oculta como las que emiten en determinados programas de la televisión que luego se burlan de los pobres e inocentes viandantes.

—¿Un café? —Él asintió—. ¿Contigo?

—Bueno, entiendo que quizá tienes cosas que hacer y...

—No, no, no... —Atrapó su mano, reteniéndolo—. Estoy libre. Tenía que acompañar a mi amiga hasta su despacho, pero, como ves, ella sabe llegar sola.

David sonrió mostrando sus dientes perfectos.

—¿Entonces...?

Marta se quedó embobada mirando su dentadura, pensando que quizá ella también debería acudir al mismo dentista. Aunque, claro, si tenía en cuenta que estaba a punto de perder la librería por no poder pagar la hipoteca, lo de los dientes podía esperar.

—Marta...

Ella pestañeó un par de veces y volvió a la realidad, dejando que sus pensamientos se perdieran una milésima de segundo en una única idea: «David Finch se acuerda de mi nombre».

—Sí. Café. ¿Vamos?

Él sonrió y elevó su mano, que seguía atrapada por la de Marta, quien la dejó libre inmediatamente al tiempo que se sonrojaba.

—Donde tú vayas, voy yo —señaló David.

Tratando que su desconcierto no se notara, Marta, que se había puesto ya en movimiento, se volvió hacia él y lo miró con timidez.

—¿Perdona?

David se rio en voz alta y le subió las gafas de montura roja, que se habían deslizado por la nariz, al tiempo que en el rostro femenino se asentaba otra vez una tonalidad rosácea.

—Recuerda que soy nuevo en el pueblo y desconozco dónde podríamos ir a tomar ese café.

—Sí, claro... Sígueme —dijo ella retomando su camino.

El actor se pasó la mano por el cabello y murmuró para sí:

—David, tienes un problema. —Observó a la mujer que iba delante de él—. Un gran problema.

Capítulo 4

He luchado duro contra la vida desde que oí tu voz por última vez. Y tienes que perdonarme porque solamente luchaba por ti.

EMILY BRONTË, *Cumbres borrascosas*

Desde que había salido de la pequeña librería hacía ya casi una semana, David no había podido alejar de su cabeza a la dueña de la tienda. No sabía muy bien la razón por la que la imagen de la mujer lo acompañaba cada hora y, en más de una ocasión, en mitad del rodaje de la película en la que estaba inmerso, había tenido que pedir un descanso para releer el guion de la escena que grababan por equivocarse, trabarse u olvidarse, y la culpa la tenía ella.

La culpa la tenía Marta.

George, el director que llevaba la cinta y amigo suyo desde hacía bastante tiempo, estaba demostrando tener una paciencia infinita. Más de una vez, su ceño se había arrugado cuando David metía la pata, pero todavía ni el equipo de rodaje ni él mismo habían presenciado uno de sus famosos ataques de ira; famosos por culpa de una actriz despechada que se había desahogado de lo lindo en las revistas y los programas del corazón de la tele, despotricando de su amigo, aderezando sus entrevistas con exageradas —por no decir falsas— descripciones. Desde entonces, al director se lo conocía en ese mundillo con el apodo de *Shrek*.

Aunque Jorge —su verdadero nombre desde que su madre vallisoletana lo había bautizado en la iglesia de su pueblo— insistía en que le hacía gracia el apodo e incluso en que le venía bien esa fama para infundir respeto, como el ogro verde de los dibujos animados, el director también tenía su corazoncito, y sus ojos azules delataban sus verdaderos sentimientos cuando aparecía de nuevo alguna entrevista de la actriz.

Ese domingo descansaban.

En palabras de George, daba el día libre a todo el equipo para que el lunes volvieran con las pilas cargadas o se atenderían a las consecuencias. Señaló a David e insistió:

—¿Lo has entendido? —El actor sólo había podido asentir mudo.

Todos se habían marchado a pasar el día fuera. Alejarse del lugar donde se rodaba una película ayudaba a desconectar y a reponer fuerzas, o, por lo menos, eso era lo que David se decía siempre. No obstante, en esa ocasión no había podido seguir sus propios consejos. Se había levantado bien temprano y, después de realizar su carrera matutina, había tomado una decisión:

—Tengo que volver a verla —se había dicho—. Quizá de esa forma el influjo que haya podido ejercer sobre mí desaparezca.

Con el objetivo fijado, salió a la calle y se dirigió a la pequeña librería, que encontró cerrada. No se había dado cuenta de que era domingo y, excepto en las grandes ciudades, donde abrían todos los días, en el resto de las poblaciones el ritmo era distinto.

Sus planes se acababan de torcer...

Comenzó a andar sin rumbo fijo por el pueblo hasta que, sin pretenderlo, se topó con la mujer que le ocasionaba tantos trastornos. Estaba acompañada de una rubia despampanante que se quedó sin palabras en cuanto notó su presencia. Ésa sí que era su tipo, pensó David nada más verla, o, por lo menos, era el estereotipo de las parejas que habían estado a su lado desde que tenía memoria. Alta, rubia, buena figura, de las que atraerían las cámaras en cualquier estreno colgada de su brazo..., pero esa mujer no era la que rondaba por sus sueños.

En cuanto Marta se volvió y lo saludó, fue consciente de que el hechizo no iba a desaparecer por arte de magia. Tenía un problema.

—Un gran problema.

—Perdona... ¿Decías?

Habían terminado en una pequeña cafetería, a la que ya había acudido en varias ocasiones desde que había llegado a ese pueblo. Se sentaron en un par de sillones y, delante de ellos, en unas grandes tazas donde se leían frases literarias, había sendos cafés de los que humeaba un aroma avainillado.

—Nada —respondió—. Es bonito este sitio.

Marta lo miró. Se dio cuenta de que el actor trataba de cambiar de tema y, como no tenía la suficiente confianza con él, le siguió el juego.

—El Hogar de Bea es un sitio especial.

David asintió.

—Desde que comenzó la película, es uno de mis lugares favoritos para desconectar.

Ambos se regalaron un par de sonrisas mientras atrapaban las tazas y bebían del líquido marrón.

El silencio los rodeó, no como un extraño, sino como un camarada que les ofrecía la intimidad de una relación eterna.

—¿Has vuelto? —La dueña de la cafetería apareció de pronto, sorprendiendo a la pareja.

Marta la saludó.

—Bea, éste es...

—David Finch —interrumpió ella sin dejarla terminar, ofreciéndole la mano al actor.

—Un placer.

—El placer es mío —indicó la mujer morena, con lo que logró que el actor enrojeciera por el tono usado y la mirada que le había dedicado.

Hasta Marta sintió vergüenza al observar a la que era su amiga derritiéndose ante su acompañante.

—¿Bea! —la llamó uno de los empleados desde la barra.

La mujer le indicó con un dedo que le diera un segundo y devolvió la atención a la pareja.

—Me reclaman. —Ambos asintieron—. Esto, Marta...

—¿Sí?

—Acompáñame un momento, por favor.

Extrañada, la librera se disculpó con David y siguió a su amiga, que se metió en la cocina de la cafetería.

—Mira, no quiero saber por qué tú y él... —empezó a decir Bea al tiempo que señalaba las puertas batientes por donde habían entrado y que llevaban al salón, donde se encontraba el actor— estáis ahora mismo juntos aquí...

—Nos encontramos y...

Su amiga chistó, acallándola.

—No. No quiero saber nada. —Marta asintió—. Sólo ten cuidado.

—¿Cuidado?

—Toda esa gente tiene muy mala fama y...

—Sólo estamos hablando —la interrumpió Marta, recibiendo una mirada que podría haberla dejado en el sitio—. Perdona, Bea. Continúa.

—No todos son iguales, es verdad, pero estamos hartos de ver en las revistas la última conquista de David Finch. Las cambia como si fueran cromos.

Marta se rio ante el ejemplo que le ponía su amiga para explicar que el hombre que la esperaba era un conquistador nato.

—No voy a casarme con él.

Bea le subió las gafas rojas por la nariz.

—Lo sé, cariño, pero no quiero que te hagan daño.

La librería le dio un beso en la mejilla.

—En esas revistas también hablan de mujeres cañón que tienen cuerpos de infarto, y yo... —se señaló a sí misma— yo no soy su tipo.

Bea la observó. Aunque era cierto que David Finch siempre iba acompañado de mujeres muy diferentes de su amiga, ésta escondía una belleza singular que podría haber encandilado a más de un hombre si sólo ella se lo hubiera creído.

Le regaló un beso y le recolocó la blusa negra, que llevaba a juego con una falda ancha del mismo tono y que le tapaba las deportivas rosas que casi siempre calzaba.

—Tú sólo ten cuidado.

Marta asintió para tranquilizarla y desapareció por la puerta para reunirse con el actor.

Pasaron el día charlando y riendo como dos viejos amigos que se reencuentran después de mucho tiempo. Hablaron de todo y de nada, compartieron miradas y secretos, anécdotas del celuloide que arrancaron más de una carcajada a Marta, pero que, al mismo tiempo, la hicieron sentirse muy pequeña, pues no comprendía la razón por la que el actor estaba con ella. No obstante, cuando Marta le contaba alguna anécdota de los clientes que entraban en Para Regalo y veía la atención con que él la escuchaba, se disipaban sus temores.

Dos mundos muy distintos, pero, al mismo tiempo, cercanos se habían unido. Dos barcos que navegaban a la deriva se habían encontrado.

Las horas se fueron alargando...

Comieron, compartieron postres con la excusa de que el otro había pedido su plato favorito y, entre cafés, té o cualquier otra bebida que se les antojara en ese momento, llegó la hora de marcharse. La cafetería cerraba más temprano ese día, y la noche se les había echado encima sin darse cuenta.

—Debo irme —indicó Marta.

David comprobó la hora en su reloj y sonrió algo avergonzado.

—El tiempo ha volado.

Ella asintió y se levantó del sillón seguida por él.

—Mañana tengo que abrir la librería, y antes de acostarme debería adelantar algo del trabajo que no he hecho hoy.

El actor resopló, despeinándose el flequillo.

—Lo siento. Me has acompañado todo el día y seguro que ya tenías tus planes...

—No, no... —lo interrumpió ella—. No tenía nada importante que hacer.

David la miró mientras recogían las pocas pertenencias que habían dejado sobre la mesa.

—¿Seguro? —Marta asintió—. ¿No te esperaba nadie?

—Nadie especial. Sólo revisar los papeles de los últimos paquetes de libros que han llegado a la tienda.

—Me alegro. —La joven se sorprendió—. Bueno, no quería decir que me alegro de que no te espere nadie, sino que... —Él se mordió la lengua y la observó—. Será mejor que me calle.

Ella rio y atrapó el brazo del actor.

—¿Me acompañas a casa?

David inclinó la cabeza simulando una reverencia.

—Por supuesto, milady.

Se despidieron de Bea y se dirigieron hacia la librería dando un agradable paseo como broche final al domingo.

El letrero de la tienda les dio la bienvenida nada más torcer la esquina del callejón Sin Retorno y la conversación cesó entre ambos, un silencio que anticipaba la temida despedida. La oscuridad los arrojó mientras acortaban la distancia que los separaba de Para Regalo, una oscuridad sólo interrumpida por la bombilla parpadeante de una desvencijada farola y por la poca luz que despedía el cartel de la tienda.

Se detuvieron ante la puerta.

—Bueno...

—Bueno...

Al darse cuenta de que ambos habían hablado al mismo tiempo, se echaron a reír.

David la observaba sin apartar la mirada de su rostro, como si estuviera hechizado.

Marta sintió cómo el color subía hasta sus mejillas debido a la intensidad de su mirada azul, y por primera vez agradeció la oscuridad de la calle. No sabía qué se podía esperar de ella en esa situación. Habían pasado un día estupendo y, aunque al principio había sentido inseguridad a causa de la profesión de David, puesto que temía que se aburriese de su compañía o de su conversación, con el paso de las horas ese miedo se había evaporado. Aun así, ahora... ahora no sabía qué hacer. Se estaba poniendo nerviosa. Decidió romper el contacto visual y comenzó a buscar las llaves de la puerta de la librería en su bolso, pero el tamaño del mismo no la ayudó. Siempre le habían gustado los modelos grandes, en los que terminabas cargando de todo para no localizar a la primera lo que necesitabas, y en esa ocasión no iba a ser menos. Su objetivo no aparecía, lo que incrementaba aún más su nerviosismo.

—¿Las encuentras? —David dedujo lo que buscaba.

Cuando ya daba por perdida su búsqueda, Marta palpó el metal de las llaves.

—Sí —afirmó triunfal, mostrándole su «tesoro»—. Aquí están.

El actor asintió y le sonrió.

—¿También vives en la librería? —preguntó a sabiendas de la respuesta.

Marta ya lo había informado de que la tienda cumplía una doble función, pues era su hogar y su trabajo al mismo tiempo.

—Sí, arriba —señaló, y el silencio volvió a instalarse entre ellos.

La bombilla de la farola se apagó y la luna se ocultó entre las nubes. La oscuridad invadió el pequeño callejón, arropándolos.

—Creo que... Debo marcharme —dijo él, pero no se movió del sitio.

Ninguno de los dos se movió.

David avanzó entonces un par de pasos, acercándose a ella.

Marta sintió cómo sus respiraciones se entrelazaban y sus corazones bailaban al mismo compás.

La mano masculina se posó sobre la nívea mejilla, deteniendo por unos segundos el sonido de un grillo que se escondía próximo a ellos.

Los ojos azules buscaron los marrones y descendieron por su rostro hasta posarse sobre los finos labios para enfrentarse de nuevo a la mirada femenina.

Los dedos de David acariciaron el dulce rostro de Marta, dibujando cada una de las pequeñas pecas, y le subió de nuevo las gafas, que se habían deslizado por su nariz.

—Besos de ángel... —dijo. Ella lo miró sin saber a qué se refería—. Una vez leí que las pecas eran besos de ángeles. Pensé que era una forma cursi de describir estas marcas de la piel, pero ahora...

—¿Ahora? —Marta dejó de respirar por unos segundos.

David posó sus ojos sobre los de ella y, sin apartar la mirada, le confesó:

—Creo que estos besos de ángel —deslizó sus dedos por cada una de las pecas— adornan el rostro más bello que jamás he visto. Un rostro que me tiene enloquecido, que me roba mis sueños desde que lo vi por primera vez, que deseo besar hasta saciarme, y lo que me preocupa...

El hombre interrumpió su explicación.

Marta sintió de pronto la garganta seca.

—¿Qué? —preguntó. David pestañeó y volvió a centrar su atención en ella—. ¿Qué te preocupa?

El actor cerró los ojos unos segundos y tomó una decisión.

—Si lograré saciarme.

Su boca se cernió sobre la de Marta sin previo aviso. Atrapó el labio superior para pasar a continuación al inferior, al tiempo que sus manos se enredaban en la melena castaña, una suave caricia que buscaba que ella reaccionara.

Sin embargo, no logró su objetivo.

David se alejó entonces de la mujer y la miró con timidez mientras se apartaba el flequillo del rostro.

—Perdona..., yo...

El beso la había pillado desprevenida.

A lo largo del día, la imagen de David besándola se le había presentado en más de una ocasión, pero, como cualquier sueño, sabía que era imposible. El actor estaba muy lejos de sus posibilidades, hasta que

de pronto... la había besado.

Había tardado en reaccionar. No era una mujer que dejara que la besaran en la primera cita, si por cita se consideraba lo que habían compartido el actor y ella, pero ahora... Negó con la cabeza y tomó una decisión de la que esperaba no arrepentirse más adelante.

—No tienes que pedir perdón...

—¿No?

—Yo..., es que no lo esperaba...

David se llevó una mano al cabello y le sonrió.

—Yo tampoco... —confesó sorprendiéndola.

Marta buscó su mirada azul, acertó la distancia que los separaba y atrapó la mano masculina, atrayendo su atención.

—¿Empezamos de nuevo? —preguntó con miedo a su respuesta.

David enfrentó su mirada sorprendido.

—¿Quieres que...?

Ella asintió con timidez.

—Quiero.

El actor dejó escapar un suspiro de satisfacción al tiempo que atrapaba el rostro de ella y se abalanzaba sobre su boca. Marta cerró los ojos y se dejó llevar.

Capítulo 5

Los periódicos de hoy llenarán las papeleras de mañana.

Notting Hill

—¿Cuándo ibas a contarme algo de esto?

Cristina entró en la librería y dejó encima del mostrador una revista del corazón.

—Buenos días a ti también —saludó Marta a su amiga—. Ya sabes que no entran dentro de mis lecturas favoritas, por no decir que estoy bastante desactualizada.

La abogada se sentó en un taburete cercano a la mesa, se cruzó de brazos y observó a Marta con una media sonrisa.

—Creo que en este asunto tú tienes muchos más datos que yo.

Extrañada por el comentario de su amiga, Marta observó la portada de la revista.

—¿Qué quieres que te diga? Si te soy sincera, prefiero a Jordi Cruz antes que a Cayetano Rivera.

Cristina se echó a reír.

—Podríamos debatir ese tema durante bastantes horas, pero mira en la página diez. —Señaló el magazín y se acomodó. No quería perderse ningún gesto de su amiga.

Marta pasó una a una las páginas hasta llegar a la que Cris le había indicado y leyó el titular del artículo. Desvió la mirada hasta las fotos que lo acompañaban mientras el color de su rostro desaparecía.

—Pero...

—¿Pero?

Marta la observó un segundo y devolvió su atención a la revista.

—¿Esto qué significa? ¿Cuándo...? ¿Cómo...? —Pasó un par de páginas por si el artículo que la había sorprendido era más amplio y, con rapidez, regresó al origen de su desconcierto.

Cristina le arrebató la revista y comenzó a leer en voz alta mientras ella se dejaba caer en la silla y se quitaba las gafas, tapándose con la mano los ojos.

—«El nuevo amor de David Finch. —Marta gruñó—. En mitad de un descanso de su última película, el actor David Finch ha encontrado el amor...»

—Cris...

—«... en un pequeño pueblo al sur de la Comunidad de Madrid. Hemos sorprendido al actor en una situación algo más que cariñosa con una joven desconocida...»

—Por favor... —suplicó al tiempo que echaba a andar por uno de los corredores que conformaban las estanterías de libros en un intento de alejarse de su amiga.

—Pero, Marta...

—No, Cris. No sé qué ha pasado y...

Cristina se carcajeó y se sentó en el sofá azul, donde la librera había terminado acomodándose.

—¡Que te has besado con David Finch! —anunció feliz.

Marta miró a su amiga y volvió a ocultar su rostro entre las manos.

—Pero las fotos... El artículo... La gente... —enumeró cada una de las cosas que le preocupaban—.

¿Qué voy a hacer ahora?

Cristina atrapó sus manos y la obligó a mirarla.

—Nada...

—Pero, Cris...

—Pero nada —la interrumpió ella—. Según esto, tú —la señaló— eres una desconocida. No saben quién eres y, por las fotos que publican —abrió de nuevo la revista y buscó las imágenes—, con la oscuridad y esa neblina que aparece en las mismas, no se te puede identificar bien.

Marta le quitó la revista de las manos y observó con más detenimiento las imágenes.

—Es verdad... —dudó—. Si no fuera por el cartel de la librería... —Miró a su amiga preocupada—.

¿Y si...?

Cristina negó con la cabeza y le quitó de nuevo el magazín.

—No se te ve bien y, si alguien intenta relacionar a la dueña de esta librería con la mujer «misteriosa», con negarlo será suficiente.

—Pero...

La abogada se levantó del sofá y se apoyó en la estantería que había frente a su amiga.

—Pero, pero, pero... —repitió—. Marta, podría ser cualquiera. Podemos dar las gracias a la ineptitud de los operarios municipales por que todavía, después de varios meses, no hayan cambiado la bombilla que alumbra el callejón.

La librera se revolvió el cabello, se dejó caer sobre el respaldo del sofá y soltó el aire que retenía.

—Sí, es verdad —indicó con poco convencimiento.

El silencio las envolvió.

Marta escuchaba cómo su amiga pasaba una a una las páginas de la revista mientras rumiaba en voz baja. Sintió cómo se acomodaba otra vez a su lado y le mostraba de nuevo el famoso artículo.

—Y digo yo... —Ella la miró con temor. Cuando su amiga empezaba las frases con esa coletilla, podía temblar hasta el Vaticano—. ¿Besa bien?

—Ohh..., Cris...

La rubia se echó a reír, con lo que consiguió que, pasados unos segundos, Marta la acompañara.

—No creas que te vas a librar de contarme qué sucedió cuando os dejé a los dos solitos el domingo, porque esto —volvió a señalar el artículo de prensa— sucedió hace cinco días, y no me lo niegues. —Marta fijó la mirada en los vaqueros que llevaba. De pronto, un hilo blanco que sobresalía del costado había cobrado un gran interés—. Desde entonces estás muy rara.

La librera lo sabía. Había evitado hablar con Cris desde el domingo y, aunque la había llamado por teléfono más de una vez, intentando sonsacarle información sobre la «cita» que había tenido con el actor, había conseguido de milagro que con vaguedades se sintiera satisfecha. Pero, claro, con la Abogada Impasible no existían los milagros, y ahora iba a sufrir un tercer grado si volvía a intentar escabullirse de esa conversación.

Bufó y se dejó caer de nuevo sobre el respaldo del sofá.

—Nada —repuso.

—Mira, no me vengas con ésas, porque estas fotos contradicen tus palabras. —Señaló la revista.

La librera la miró, se descalzó y subió las piernas al asiento.

—Eso fue lo único que sucedió.

—¿Sólo? —Marta asintió—. ¿Un beso? —Su amiga levantó dos dedos de la mano—. ¿Dos?

—Sí —confesó mientras estiraba el cuello de su jersey y se tapaba la boca con él.

—¿Sólo os besasteis? —preguntó Cris de nuevo, incrédula.

Ella volvió a asentir.

—Yo creía que... —Dudó mientras su rostro adquiría un tono rosado y sus ojos se centraban en la estantería que tenían enfrente—. Cris, yo quería que ocurriese, pero... —Dejó interrumpida la frase al mismo tiempo que el silencio se instalaba entre las dos.

—Querías que ocurriese algo más —susurró la abogada, poniendo así voz a la confesión de su amiga.

Marta asintió.

—Pero...

—¿Qué pasó?

Miró a su amiga y le contó todo lo que había vivido el pasado domingo. Le confesó cómo había sentido que congeniaba con el actor, que sus gustos, sus intereses eran muy similares. Cómo la conversación no había decaído en todo el día, a pesar de que eran dos desconocidos que acababan de encontrarse, hasta que llegó la hora de la despedida. Él fue un caballero y la acompañó hasta casa cuando la noche llegó y, cuando se encontraban delante de la puerta de la librería, la sorprendió con ese primer beso.

—No supe cómo reaccionar, Cristina.

—¿Con el beso?

Ella asintió.

—Y lo que sucedió después. —Cris atrapó sus manos y la animó a que continuara—. El primer beso me pilló desprevenida, pero cuando me olvidé de que quien me besaba era el actor y pensé que era el hombre que había estado conmigo todo el día, fui yo la que tomó la iniciativa y lo animé con un segundo beso.

Su amiga la miró incrédula.

—¿Tú? ¿Te dejaste llevar?

—Ajá —sonrió ella con timidez.

Cristina sabía que para su amiga toda esa experiencia era nueva. No era que fuese una novata en temas de pareja. Había tenido uno o dos novios formales y alguna que otra cita esporádica en la que no había pasado de la primera base, pero Marta buscaba a su príncipe azul, por lo que le costaba ofrecer más de lo que creía conveniente. Estaba chapada a la antigua en pleno siglo XXI.

—Y ¿cómo fue?

La librera puso los ojos en blanco y suspiró.

—¡Increíble!

Ambas se rieron.

—¿Como en una película?

Marta movió la cabeza afirmativamente.

—Como en una película —repitió—, hasta el fundido en negro.

Cristina la miró asombrada.

—¿El fundido en negro?

—Estábamos besándonos. David me acariciaba... Yo había colado mis manos por debajo de su camisa y estaba disfrutando de esos abdominales que... —Miró a su amiga—. Cristina, son reales. Las películas no engañan.

—Pero... —insistió Cris, sabiendo que había cambiado de tema para no contar algo que le resultaba doloroso.

Marta suspiró.

—De pronto, todo acabó —confesó—. Sonó su móvil, miró la pantalla y, con un «mierda» por su parte, se separó.

Marta se levantó de pronto y empezó a colocar los libros de las estanterías.

—¿Y?

—Y nada. La cosa se enfrió. Fue como si las puertas de la Antártida se abrieran en el callejón, dejándome cual polo helado de sabores.

Cristina iba a reírse ante la comparación, pero el dolor que observó en los ojos marrones de su amiga la detuvo. Sabía que, para ella, haber dado ese paso, ofrecerse para continuar el beso para después ser rechazada, debía de ser muy duro.

—¿Te dio alguna explicación?

Ella negó con la cabeza.

—Volví a sonar su móvil, rechazó la llamada y se disculpó por tener que irse —señaló sin fuerzas—. Desapareció como si fuera Flash, dejándome sola ante la puerta de la librería.

—Y ¿no lo has vuelto a ver desde entonces? —insistió la abogada.

Marta negó de nuevo.

—Es como si se hubiera volatilizado.

Cristina tiró de la mano de su amiga y la obligó a sentarse.

—Seguro que habrá alguna explicación...

—Sí, que despertó en mitad del beso y se dio cuenta de que a la que besaba no era Jessica Alba o Angelina Jolie —dijo mientras apoyaba la cabeza sobre el hombro de su amiga.

Cristina le acarició el cabello, intentando tranquilizarla.

—No pienses eso. Cuando menos lo esperes, aparecerá por la puerta y te ofrecerá una buena explicación —aseguró al tiempo que se juraba a sí misma que, como no fuera así, el actor ya podía ir olvidándose de sus preciadas pelotas.

Capítulo 6

—¿Sabes? Pensé que deberías saberlo.

—¿Saber qué?

—Que alguna vez fuiste feliz conmigo.

El efecto mariposa

—¿Qué hace ella aquí?

George, el director de la película, señaló a una niña pequeña que en ese momento disfrutaba del desayuno que había dispuesto sobre una gran mesa.

David, que repasaba la escena que iban a grabar esa mañana, miró brevemente hacia el lugar que le indicaba su amigo y luego devolvió su atención al guion que tenía entre sus manos.

—La canguro tenía cosas que hacer hoy.

—¿La canguro? —David asintió con la cabeza—. ¿Desde cuándo está contigo?

El actor observó a su amigo y se pasó la mano por el cabello.

—Tuve que ir a por ella el domingo por la noche.

—¿Desde hace cinco días? —David afirmó de nuevo—. ¿Y Clara? ¿Qué ha hecho esta vez?

—Como tus padres están en el crucero, la vecina de mi hermana me llamó el domingo por la noche. La niña llevaba con ella desde el viernes —explicó resignado. Era la misma historia que sufría desde hacía bastante tiempo—. Le dijo que tenía que ir a comprar tabaco y que no tardaría, pero el domingo, al ver que se ausentaba más de lo normal, decidió que lo mejor era avisarme.

George miró a su amigo. Sabía que, aunque estaba acostumbrado a los tejemanejes de su hermana, sufría con cada nueva «aventura» de ésta.

Era la hermana pequeña, la consentida de la familia. Su llegada había sido una sorpresa para todos. Se llevaba casi diez años con David y había sido como un juguete. Había tenido todo lo que había querido, y eso, al final, había acarreado problemas. Había terminado juntándose con gente no muy apropiada y, con apenas catorce años, se había escapado de casa por primera vez.

La policía la encontró a ciento cincuenta kilómetros de su hogar, en una fiesta ilegal que se había organizado en un edificio abandonado. Por el estado en el que regresó, dedujeron que por sus venas corrían todo tipo de sustancias ilegales, además de alcohol.

A esa primera huida la siguieron otras, llamadas de atención que a los padres de David los pillaron desprevenidos. Con él no habían tenido ningún tipo de problema y, a su avanzada edad, se les escapaba de las manos cómo tratar a su hija pequeña. Acudieron a expertos y decidieron ingresarla en un centro de rehabilitación. Estudiaron todas las alternativas y optaron por uno que tenía buenas referencias. Había los

mejores médicos y especialistas entre su personal, y sus instalaciones se encontraban ubicadas en mitad del bosque, en plena naturaleza. Nada podía ir mal.

Al principio, la actitud de Clara les hizo replantearse si habían hecho lo correcto, pero con el paso del tiempo, el talante de su hija fue cambiando. Parecía que recuperaban a su dulce niña.

No obstante, un día recibieron una llamada fatídica. Clara se había escapado con otro interno y, aunque la buscaron durante bastante tiempo, desapareció en la nada.

Pasados unos años, fue ella la que regresó por propia voluntad.

George recordaba esa noche vívidamente, cuando su amigo lo llamó alterado y le informó de que su hermana había vuelto con un bebé. Clara tenía una niña de dos años y David era tío.

El *shock* inicial fue bastante duro, pero el bebé, una niña de cabello rubio y rizado, se ganó a todos los miembros de la familia con rapidez. Nadie le preguntó a Clara quién era el padre de la pequeña. Lo importante era que había regresado.

Fue una época de risas y alegría, un período de felicidad que todos recordaban con melancolía, ya que el destino, cuando se pone a jugar, puede llegar a ser demasiado cruel. Un trágico accidente de coche se llevó a los padres de David y, con ellos, la estabilidad de Clara.

Para los dos hermanos fue una época muy dura, y cada uno la sobrellevó como pudo.

David se centró en el trabajo y Clara volvió a las andadas. Recuperó sus antiguas amistades y, aunque su hermano le pagaba un apartamento, la guardaría y, con posterioridad, el colegio de la niña, además de todo lo necesario para que pudieran llevar una vida acomodada, cada dos por tres recibía llamadas en las que ella le pedía más dinero porque no llegaba a final de mes.

El actor pensaba que su hermana estaba relacionada con cosas ilegales, pero siempre que iba a verla para cerciorarse de que la niña estaba bien, el comportamiento de Clara y las tutorías que mantenía con la profesora de su sobrina desmentían sus sospechas.

—¿La has localizado? —le preguntó el director de cine refiriéndose a Clara.

—No. Me salta el contestador del móvil cada vez que la llamo —anunció David preocupado.

George posó su mano sobre el hombro de su amigo.

—No te agobies. Ya aparecerá. —David asintió—. ¿Y Leire? —El hombre moreno volvió a señalar a la niña.

David miró a su sobrina.

—Ella está bien. —Suspiró—. Como está de vacaciones en el colegio, no nota mucho el cambio.

En ese instante, como si la pequeña sintiera que hablaban de ella, se volvió hacia la pareja chupándose los pequeños dedos, que tenía manchados de mermelada. No había querido ponerse ningún vestido esa mañana y, en su lugar, había «exigido» que su tío la vistiera con un pantalón que le quedaba pesquero —había dado un nuevo estirón— y una camiseta verde sin ningún dibujo. El cabello lo llevaba recogido en dos trenzas, emulando a Pipi Calzaslargas, pero en rubia. En cuanto acabó su tarea de limpieza, corrió hacia el director.

—¡Tío Jorge!

El hombre moreno se rio al ver su dulce sonrisa, echó los brazos hacia delante y cogió a la pequeña al vuelo. Ella era la única persona a la que le permitía que lo llamara por su verdadero nombre.

—Mi pequeña princesa. —Le dio un beso—. ¿O debería decir mi pequeña «pringosa»? —La niña se rio—. Tienes la cara manchada de mermelada y chocolate.

—Estaba desayunando.

Los dos hombres se carcajearon.

—Ya, ya lo hemos visto.

David limpió la cara de su sobrina con un pañuelo.

—Venga, Leire, baja al suelo. El tío George tiene que trabajar.

La pequeña se agarró más fuerte al cuello del hombre y negó con la cabeza.

—Quiero quedarme con el tío Jorge.

El director acarició la rubia cabeza.

—Déjala, David. Me la llevo a maquillaje mientras tú sigues repasando la escena que nos toca rodar hoy.

—¿No será un problema?

Su amigo negó con la cabeza.

—Los chicos estarán felices de volver a ver a Leire.

—Y ¿podré pintarme la cara de Hulk? —preguntó la niña esperanzada.

Ambos hombres la miraron extrañados.

—¿De Hulk?! —repitieron los dos a la vez.

—¿No prefieres de Elsa? —sugirió David, que, aunque no era muy fan de la princesa de Disney, en la última visita de su sobrina había sufrido el visionado de la película más de diez veces. No lo reconocería nunca, pero se sabía las canciones de memoria.

Leire les sonrió e hizo un gesto de asco.

—Molan más Los Vengadores.

George guiñó un ojo al actor y se puso en movimiento.

—Vámonos antes de que a tu tío le dé un ataque.

David observó cómo se alejaban con una sonrisa. No sabía qué habría sido de su vida si su amigo y su familia no hubieran estado junto a él todo ese tiempo.

Tras la muerte de sus padres, su vida se vino abajo. Se vio solo, a cargo de una hermana que podría recaer y ser la sombra de antaño, y de una niña de apenas dos años. Su carrera en el cine comenzaba a despuntar y, si se alejaba de ese mundo, podría no volver a tener la oportunidad que se le brindaba en Hollywood.

Por problemas en la producción de la última película que protagonizaba, había podido cogerse unos días libres para pasarlos con Clara y Leire. Acabaron en Valladolid, en casa de la familia de George, y fue éste, junto a su madre, quien le ofreció una solución.

Decidieron que Clara se quedaría en la ciudad que mejor se habla el castellano junto a la niña. Su hermana trabajaría en uno de los negocios de la familia del director de cine y allí estarían arropadas por gente conocida. De esta forma, David podría trabajar sin preocuparse.

El plan era perfecto. Y el primer año resultó como parecía, hasta que de pronto Clara desapareció y dejó a Leire con la madre de George.

David regresó a España y su hermana volvió a los pocos días. Su excusa: que estaba agobiada, que necesitaba un cambio, que... El actor se había olvidado ya de las razones que ella le había ofrecido esa primera vez, porque había habido muchas más. No fue hasta que la amenazó con que le quitaría a Leire y no la dejaría verla nunca más —una amenaza que le costó hacer— cuando sus desapariciones cesaron.

Pero David ya no se fiaba de ella. Su desconfianza provocó que tomara una decisión importante para su carrera: todos los trabajos que hiciera debían rodarse en su país natal.

En el sector chocó que comenzara a firmar únicamente contratos de películas que iban a localizarse en España. Al principio se especuló con que la culpa la tenía su situación familiar, pero, por raro que parezca, la noticia no llegó a calar entre la prensa. George y él deducían que el motivo podía ser la coincidencia de que, por ese tiempo, el mundo había sufrido una serie de atentados que dirigieron la atención de la población hacia otros puntos de interés. Aunque también es verdad que David, para alejar a los *paparazzi* de su familia, comenzó a acudir a los estrenos y a las fiestas a los que lo invitaban acompañado de mujeres atractivas, actrices o personajes de importancia social, logrando acaparar así el interés de las revistas.

Tras su decisión, Clara no había vuelto a desaparecer. Hasta ahora.

David sabía que las compañías que frecuentaba su hermana no eran las más recomendables, que le pedía más dinero del que necesitaba, pero como la niña estaba bien...

Observó a su amigo y a su sobrina, que, sentada en uno de los sillones de maquillaje, no paraba de hablar mientras *Robin*, el perro que lo acompañaba en esa película, saltaba intentando atraer la atención de la pequeña, y las maquilladoras se reían ante el espectáculo.

—Debería haber hecho algo más —dijo en voz alta.

Capítulo 7

Si está escrito que nos encontremos, entonces nos encontraremos.

Serendipity

El día no podía ir a peor, o por lo menos eso era lo que pensaba Marta mientras se sentaba a una de las mesas de El Hogar de Bea el viernes por la tarde.

Esa mañana, el despertador había sonado como todos los días, pero la sorpresa que se encontró en el cuarto de baño impidió que comenzara con una sonrisa. Una tubería había terminado sus días con placidez durante la noche, los años habían hecho mella y la fuerza del agua había salido a la superficie. El aseo era una piscina con chorros artificiales que nada tenía que envidiar a los que había en los balnearios.

Había tenido que localizar con urgencia a un fontanero, no sin antes investigar dónde estaba la llave de paso como si de una excavación arqueológica se tratara. En la vida había hecho caso de esas «nimiedades», como ella las llamaba, pero a partir de la experiencia vivida se había jurado que se apuntaría a un curso *online* de fontanería, electricidad y de cualquier otra cosa relacionada con el hogar.

Como no tenía las Páginas Amarillas y no sabía por qué internet no funcionaba tampoco esa mañana, había tenido que llamar a Cristina e implorarle su ayuda.

Su amiga se había reído de ella, llamándola exagerada, pero aun así, entre risas, le había prometido que buscaría un fontanero.

Sin agua, pero chorreando, Marta intentó adecentarse. Se desprendió como pudo del pijama, que, pegado a su cuerpo, no quería alejarse de ella, y localizó una toalla con la que secarse. Una vez se cambió de ropa y se recolocó el cabello húmedo, bajó a la tienda con la esperanza de que el estropicio del baño no hubiera hecho mella allí. Sin embargo, sus ilusiones se derrumbaron cuando vio una minicatarata caer sobre una de las estanterías de libros.

A partir de ese momento, el día había sido una sucesión de carreras. Había tenido que buscar con más ahínco la llave central del paso del agua (según el fontanero, lo primero que había cerrado había sido tan sólo el agua del piso de arriba). Cortó el caudal, desalojó los libros afectados por la inundación y los sacó a la calle, donde el sol podría secarlos. Luego comenzó a fregar, intentando recoger el agua que poblaba los pasillos de la librería, y no pudo más que echarse a reír.

—Podría haberme hecho un selfie para subirlo a internet. «Vengan a ver la catarata. La entrada es libre» —recitó en voz alta para acabar desternillándose a carcajadas.

En ese estado la encontró Cristina nada más entrar en la tienda.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó, asustándola.

Marta la miró, le guiñó un ojo y encogió los hombros.

—Ninguno. Me río por no llorar.

Su amiga se acercó hasta la zona de la catástrofe y bufó.

—Reconócelo: querías irte de vacaciones y, como no tienes dinero, te has montado aquí la piscina.

Marta le pasó la fregona.

—Eso mismo y, como me vuelve loca la limpieza, ahora estoy en el cielo.

—Yo no lo habría descrito mejor. —Cristina se rio—. Te he dejado en el mostrador café y unas palmeritas de Sweet, de la pastelería de Em, porque seguro que no habrás desayunado. —Marta negó con la cabeza—. Pues ¡¿a qué esperas?!
Ella se cuadró y le hizo el saludo militar.

—Sí, señor.

Cristina levantó una de sus delicadas cejas y le dio con la fregona en el trasero.

—Vamos. Yo me quedo aquí, intentando arreglar este estropicio.

Marta hizo lo que le ordenaba, pero cuando estaba saboreando el café, entró por la puerta el fontanero, interrumpiendo su momento de relax. Su desayuno se quedó encima de la mesa, enfriándose...

Después de una revisión completa por parte del hombre de mono azul, el diagnóstico no fue nada halagüeño:

—Tuberías viejas; interesaría cambiar toda la instalación.

Cristina miró a su amiga, que, en cuanto oyó esas palabras, terminó en el suelo con la cabeza entre las piernas, y habría jurado que incluso comenzó a rezar.

—¿No hay otra opción? —interrogó al hombre con la súplica en sus ojos.

El fontanero lo sopesó unos segundos mientras observaba de nuevo el agujero por donde había corrido el agua esa mañana.

—Podríamos hacer un apaño y...

—¿Y? —preguntó esperanzada Marta, que en ese momento miraba al hombre como si éste fuera Dios.

—Hablaré con un viejo amigo, albañil, para que le solucionemos el problema entre los dos. Intentaremos que el coste sea menor.

La librera se levantó del suelo y se colgó al cuello del fontanero, dándole las gracias y regalándole besos en la mejilla.

—Marta...

—Señorita...

—Gracias, gracias...

—Marta, deja al señor. —Cristina tiró de sus brazos, separándola del fontanero.

Ella, aunque reticente, hizo caso a su amiga, no sin antes volver a agradecerle su ayuda.

El hombre se rio.

—Veremos qué podemos hacer. —Recogió sus herramientas—. De momento le he dejado el agua abierta en la planta de arriba. El problema es de ese agujero de ahí. —Señaló el lugar por donde hacía unas horas descendía una catarata.

La abogada le ofreció la mano al hombre.

—Gracias. Tiene mi teléfono para lo que necesite.

—Por cierto, en esa esquina de ahí —señaló detrás de la estantería que había quedado inservible—

estaban todos los cables de la conexión telefónica. Sería bueno que llamaran a la compañía.

Marta alzó las manos al cielo, gritó y desapareció por la escalera que subía a su casa.

Los otros dos la miraron anonadada.

—No se lo tenga en cuenta. La pobre...

El fontanero cogió su caja de herramientas y se dirigió a la salida.

—Hija, yo ya no me sorprendo por nada. La aviso en cuanto hable con el albañil.

—De acuerdo, y gracias otra vez.

Tras la marcha del fontanero, Cristina encontró a Marta en la cama, debajo del nórdico.

—Marta...

—No quiero saber nada, Cris. Mi vida es horrible.

La abogada se descalzó y se metió debajo del edredón buscando a su amiga.

—Todo se va a resolver.

—No sé cómo —aulló ella—. No tengo dinero. Tú sabes la situación en la que me encuentro, y encima ahora esta avería —sentenció acompañando sus palabras con un sollozo.

Cris le acarició el cabello, le quitó las gafas, que comenzaban a empañarse, e intentó tranquilizarla.

—Veremos cómo resolverlo. No te preocupes.

—No sé cómo lo haremos, Cris.

La abogada siseó:

—Tranquila.

El llanto de Marta fue remitiendo, hasta que la sorprendió el hipo. Las dos amigas se miraron y estallaron en sendas carcajadas.

Después de eso, ambas mujeres decidieron que lo primero era acabar de adecentar la librería y comprobar qué libros se podían salvar.

Y se les escapó de las manos la mañana entera.

Dejaron la librería en bastante buen estado y fueron pocos los libros que perdieron. Algunos acabaron en el estante de las ofertas, de buena aceptación entre los clientes de Para Regalo, y los que habían quedado muy deteriorados servirían para adornar una de las paredes del establecimiento.

Cuando quisieron darse cuenta ya eran más de las cuatro de la tarde, y Cristina debía marcharse al despacho para adelantar algo del trabajo que no había realizado en la mañana. Marta intentó que fuera con ella a comer a El Hogar de Bea, pero la letrada no quiso demorarse mucho más, por lo que había terminado sola en la cafetería, delante de un sándwich de pollo con patatas y un refresco, a las cinco de la tarde. Estaba muerta de hambre.

De pronto, una voz infantil llamó su atención. Mantenía una discusión bastante animada sobre si debía o no quitarse el maquillaje de la cara. Por lo que pudo deducir, la habían pintado de Hulk, y el que supuso que debía de ser el padre de la pequeña insistía en que tenía que limpiarse.

Marta no pudo evitar reírse cuando comprobó que, a pesar de que la niña no debía de tener más de cinco años, conseguía que el adulto cediera.

Su risa hizo que la pareja la observara y, cuando ella reconoció al hombre, enmudeció de pronto.

Su día sí podía ir a peor, se dijo.

—Marta... Hola. —David la saludó con timidez.

Ella hizo un gesto con la mano y agachó la mirada, intentando rehuir el contacto con el actor. No

podía encontrarse con él otro día. Tenía que ser hoy, cuando parecía que una apisonadora le había pasado por encima.

—Hola. —La niña se acercó hasta su mesa y buscó su mirada—. Me llamo Leire.

Marta tragó el trozo de sándwich que masticaba y miró a la pequeña.

—Hola, Leire.

—¿Eres amiga del tío David? —preguntó con inocencia.

—Esto...

—¡Leire! —la llamó él—. Deja a Marta que coma. No la molestes.

La niña miró a ambos adultos sorprendida.

—Sólo estoy hablando con ella —explicó como si fuera algo evidente.

—Leire...

Marta bebió un poco de su refresco y terció:

—No pasa nada, David.

—¿Lo ves, tío? —señaló la pequeña mientras se sentaba en la silla que había enfrente de la de ella.

Los dos adultos se miraron asombrados, regalándose sendas sonrisas.

—No me has dicho si eres amiga de mi tío —insistió la niña.

La librera se rio.

—Creo que sí —indicó al mismo tiempo que le parecía oír un suspiro por parte del actor.

—Yo soy Leire. —La niña se presentó de nuevo, ofreciéndole su pequeña mano, que ella no dudó en estrechar.

—Hola, Leire. Un placer.

—Voy de Hulk —se señaló la cara.

Marta volvió a reír.

—Ya lo veo. A mí me gusta el Capitán América.

La niña comenzó a saltar sobre la silla y reclamó la atención de su tío.

—Tío, tío... ¿Ves como a las chicas también les gustan Los Vengadores?

Marta observó a David, que en ese momento ponía los ojos en blanco, y se dio cuenta de que se había metido en una conversación que venía de muy atrás. Movi6 los labios emitiendo una disculpa en silencio en cuanto el actor la miró, pero éste negó con la cabeza, ofreciéndole una sonrisa.

—Sí, cariño. Ya lo veo —respondió reticente a su sobrina.

—Y ¿qué haces? —interrogó con inocencia la pequeña.

La librera se rio de nuevo.

—Comer.

—¿Tan tarde?

—Leire, no seas tan curiosa —le recriminó su tío.

—No pasa nada, David —señaló ella—. He tenido un problema en casa y no he podido comer antes.

—¿Muy grave? —La preocupación en la voz del actor fue patente.

Marta meneó la cabeza, sopesando qué contestar. Desde esa mañana, cuando le había sobrevenido el bajón, y después de desahogarse con Cristina, había decidido que intentaría ver las cosas con otro prisma, aunque fuera casi imposible.

—Bueno... He tenido una minicatarata en la librería.

—Hala... ¡Qué guay! —exclamó Leire.

La librería no pudo más que reírse.

—Sí, muy guay.

—¿Está todo bien? —preguntó David preocupado—. ¿Se ha solucionado?

—Más o menos. El fontanero vendrá dentro de unos días y terminará de reparar la avería. De momento sólo tengo agua en casa, en la librería no.

El actor asintió.

—Leire, deja comer tranquila a Marta —reclamó a su sobrina.

—Jo..., es que quiero estar aquí.

—Tenemos que irnos —anunció él, y Marta sintió cómo una losa se asentaba en su estómago. No quería que se fueran.

—¡Jo, tío! Quiero quedarme aquí, con ella... —señaló la niña mientras de sus ojos azules nacían unos grandes lagrimones.

—David, por mí no lo hagas. Me gusta la compañía —confesó Marta, atrayendo así la atención del actor, que por un momento se quedó mudo.

Leire miraba ansiosa a los dos adultos.

—¿Seguro que no molestamos? —insistió él.

Marta negó con la cabeza.

—Además, pensaba comerme un trozo de tarta de manzana, y las de aquí son muy grandes. Voy a necesitar ayuda —dijo mirando a la pequeña.

Él observó el rostro de la mujer, aquel que se le aparecía cada noche desde el domingo y no lo dejaba descansar. Recordaba vivamente los besos que habían compartido en la puerta de la librería y quería repetir, ansiaba repetir la experiencia.

—Está bien, nos quedamos —anunció al tiempo que la niña se giraba hacia Marta y comenzaba a narrarle su mañana, cuando una de las maquilladoras de la película le había pintado la cara de Hulk, a pesar de las quejas de su tío, que imploraba que fuera de otra cosa, ya que el día anterior también había decidido que fuera el superhéroe verde el que se materializara en su rostro.

—El tío no comprende que ¡Hulk es lo más!

Marta se rio a carcajadas mientras David sonreía al comprobar que del llanto a la risa sólo había un breve parpadeo en los niños pequeños.

—Y ¿dices que mañana ruedas fuera del pueblo? —le preguntó ella mientras le pasaba una taza de café.

Estaban en casa de Marta. Habían terminado allí, cediendo a los deseos de la niña, que quería ver el famoso agujero por el que había surgido la catarata. Decía que quería comprobarlo por sí misma para poder contárselo luego a sus amigos del cole.

—Marta, ¡van a alucinar!

Así pues, la librería había invitado a Leire y a su tío a Para Regalo, donde la pequeña acabó quedándose dormida en su cama, y David y ella se acomodaron en el sofá que había en la tienda, donde iban a tomar un café en ese momento.

—Sí. Se localizó hace tiempo un circuito de velocidad, donde se realizará la carrera que luego saldrá al...

—Chist... —lo interrumpió ella—. No me digas dónde sale ni por qué. Si me haces *spoilers*, después no veré la película con los mismos ojos.

David se rio.

—De acuerdo.

—Y ¿qué vas a hacer con Leire?

—Pensaba llevármela. La canguro que tenía no puede hacerse cargo de ella por un tema familiar y no me da tiempo a buscar a nadie con tan poco tiempo, y encima es fin de semana.

Marta observó al actor, que se había descalzado y bebía del líquido marrón.

—Déjala aquí. Conmigo —le propuso.

Él la miró.

—¡¿Aquí?!

Marta señaló el local.

—Sí, aquí. Ya me conoce y, por lo que parece, le he caído bien.

—Pero...

—¿Pero?

—¿No será una molestia para ti? —preguntó él—. Con la avería del agua y la librería como la tienes, puede que Leire te traiga más problemas de los que necesitas.

Marta negó con la cabeza.

—Tonterías. Además, se ha quedado dormida, y sería un delito si la despertaras ahora.

David bufó.

—¡Y tanto! No sabes el mal despertar que tiene.

La joven sonrió.

—Pues no digas más. Leire se queda conmigo, y así tú estarás más tranquilo.

El actor la observó, dejando que el silencio los rodeara.

—Gracias.

Ella se subió las gafas y atrapó uno de sus mechones marrones, que se había escapado del recogido.

—Lo hago por puro egoísmo —repuso. David levantó una ceja incrédulo ante su confesión—. Así mañana no estoy sola —explicó—. No iba a abrir la tienda, quiero terminar de adecentarla, y así estaré acompañada.

Él se rio.

—Creo que cuando vuelva no vas a querer verme más. Leire puede llegar a ser... —dudó qué palabra usar para definir a su sobrina— bastante pesada. Cuando le das cuerda, no para.

Marta se encogió de hombros.

—Es una niña. Sólo quiere que le hagan caso —rebatió—. Además, eso no sería suficiente como para que no quisiera volver a verte.

—Marta...

—¿Sí?

—El otro día... Yo... Mi vida es muy complicada.

La joven recogió las tazas del café y las llevó hasta el mostrador. No quería oír sus excusas.

—No pasa nada —replicó.

—Sí, sí pasa —confesó él, que en ese momento se encontraba pegado a su espalda. Su respiración chocaba contra la nuca de Marta, mandándole miles de escalofríos por todo el cuerpo.

David agarró entonces sus manos y apoyó la frente en su cabeza.

—No sabes cómo es mi vida —dijo.

—Cuéntamela —solicitó ella con un murmullo.

Los dedos del hombre comenzaron a acariciar las manos femeninas. Por unos segundos, Marta creyó que confiaría en ella, pero su instinto se equivocó.

—Sueño contigo todas las noches —confesó él cambiando de tema—. Te veo junto a mí, en mi cama. Te acaricio, te beso...

La respiración de ella se aceleró con sus palabras, al tiempo que las manos del hombre se trasladaban hasta su estómago y se perdían debajo de su blusa.

—David, yo...

—Me has hechizado.

Ella se volvió entonces sobre sí misma y enfrentó su mirada azul.

—Yo también te deseo.

La boca masculina se cernió sobre la femenina ante esa confesión. David la abrazó y la subió sobre el mostrador, invitándola a que sus piernas se enrollaran en su cintura.

Las manos de Marta se enredaron en el rubio cabello para descender a continuación por la fuerte espalda.

David le quitó la blusa, acompañado de un leve jadeo por parte de ella. Sus ojos se detuvieron brevemente sobre el sujetador negro, que encerraba unos pechos turgentes. Descendió su boca hasta ellos y comenzó a lamer la suave piel que asomaba, lo que provocó que el cuerpo de Marta comenzara a temblar.

—Tío... Marta... —La voz de Leire los interrumpió.

David suspiró.

Marta buscó controlar su alocada respiración.

—Tío...

—Ya voy, cariño —dijo él en voz alta mientras dejaba sus ojos clavados en el rostro de la librera—. Tenemos algo pendiente —la amenazó en un susurro, logrando que se sonrojara. Le dio un beso con fuerza en la boca y desapareció escaleras arriba para ver a su sobrina.

Ella suspiró mientras intentaba adecentarse la ropa.

—¿Dónde te estás metiendo, Marta?...

Capítulo 8

Mamá siempre decía: «La vida es como una caja de bombones, nunca sabes lo que te va a tocar».

Forrest Gump

El timbre de la puerta de la librería resonó en el local.

—¡Es el tío! —gritó Leire.

Marta se rio, despeinó los rubios rizos de la niña y descendió la escalera.

—Vamos a ver.

Se detuvo unos segundos delante de un espejo de cuerpo entero. Observó la trenza que se había hecho, intentando domar su cabello castaño, y se recolocó la blusa azul y la larga falda de tono más claro. Estaba descalza. Inspiró profundamente y espiró.

El timbre volvió a reclamar su atención.

—¡Marta! —gritó la niña desde arriba.

—Voy —dijo ella sonriendo.

Cuando abrió la puerta, el tiempo se detuvo para ella. ¿Se podía echar tanto de menos a alguien?...

—Hola —la saludó David, apoyado en el marco de la puerta. Se lo veía cansado.

—Hola...

Ambos se miraron con dudas y esperanza en sus ojos. Ninguno de los dos entendía muy bien la fuerza de sus sentimientos en tan corto espacio de tiempo.

—¿Me dejas pasar? —solicitó él guiñándole un ojo.

—Sí, claro. Perdona.

El actor cruzó el umbral y se volvió para observarla de nuevo.

—Has tardado mucho —señaló Marta mientras cerraba la puerta y se giraba, sorprendiéndose al encontrarlo tan cerca de ella.

David le apartó un mechón del rostro y le subió las gafas de montura roja.

—Tuvimos un problema con uno de los coches.

—Ah... —No sabía qué hacer con las manos. La atracción que sentía hacia el cuerpo masculino era muy fuerte, por lo que terminó agarrándose a la falda, antes de que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—¿Qué tal todo por aquí? —interrogó él mientras avanzaba un par de pasos, acercándosele aún más.

—Bien... —susurró ella.

David le levantó la cabeza.

—¿Leire qué tal?

—Bien... —repitió cada vez con menos voz.

El actor agachó la cabeza hasta que sus labios se rozaron.

—Te he extrañado —confesó, lo que provocó que el corazón de Marta brincara de alegría.

—Yo...

—¡Tío! —Leire apareció entonces corriendo por la escalera y se lanzó a los brazos del actor—. Ven, sube. Marta ha hecho pizza casera.

David le dio un beso a su sobrina en la mejilla y se rio.

—¿En serio?

—Sí, ven. Corre. —Ya en el suelo, la niña agarró la mano masculina y tiró de ella en dirección al piso de arriba.

El actor se volvió brevemente hacia Marta y le susurró:

—Luego hablamos.

Ella se apoyó en la puerta, posó la mano sobre su corazón y suspiró. «Si no te calmas un poco, tendremos que ir a urgencias», se dijo a sí misma.

—¡Marta! —la reclamó la niña desde su apartamento.

—Voy.

Cenaron en el suelo del apartamento, en un pícnic improvisado, sobre una manta de cuadros rojos y negros. Leire no paraba de hablar, contándole a su tío todo lo que había hecho a lo largo del día.

—Y ya sabemos por dónde se coló *Robin* —soltó de pronto atrayendo la atención de David, que no despegaba los ojos de la librería.

—¿El perro? —preguntó él sorprendido.

Marta se rio.

—El mismo.

—¿Y eso?

Leire se levantó, fue hacia la ventana desde la que se veía el parque por el que habían paseado hacía unos días el actor y el animal y lo señaló.

—Marta dice que tú estabas allí. —David asintió con la cabeza—. *Robin* se te escapó... Tío, ¿sabe el tío Jorge que se te escapó el perro?

El rostro del actor palideció.

—No, y no se lo vamos a contar. —Estiró los brazos para que la pequeña se sentara entre ellos.

—Pero no hay que mentir y...

Marta sonrió.

—Técnicamente no es una mentira —interrumpió David a la niña—. Él no sabe lo que sucedió, y como el perro apareció, no hay por qué contarle nada.

Leire miró a su tío mostrando en sus ojos azules que ese razonamiento no acababa de convencerla.

—Pero...

—Leire —la llamó Marta—, explícale a tu tío por dónde se coló *Robin*.

—Ah, sí. —La pequeña saltó encima de David y se agarró a su cuello—. Es un secreto, pero a ti te lo podemos contar.

El actor se rio.

—Me alegro.

—Marta ha encontrado un pequeño agujero en la pared, detrás de unas cajas que hay cerca de la entrada —narró la pequeña con ilusión, como si hubieran hallado un gran tesoro.

David miró a la librera.

—Hemos aprovechado para limpiar el local en profundidad y lo hemos visto. Es lo suficientemente grande como para que entre el perro —añadió ella.

—Y ¿tú has ayudado a Marta a limpiar? —preguntó el hombre a su sobrina.

La pequeña asintió con una enorme sonrisa.

—Ha sido muy divertido.

Marta y David no pudieron evitar reírse al oír sus palabras.

—Habrá que arreglar ese agujero —señaló David mirándola—. No queremos que *Robin* vuelva a colarse por él, ¿verdad? —Le guiñó un ojo que la hizo sonrojarse.

Marta se levantó y comenzó a recoger los platos que habían utilizado para la cena.

—Le diré al albañil, cuando venga a reparar la supergotera, que tape también el agujero.

David asintió, convencido de que era una buena solución. Entonces miró el reloj, comprobó lo tarde que era y dio una palmada al aire.

—Jovencita, tenemos que irnos.

La cara de Leire se transformó.

—Joo... No quiero. Es muy pronto.

David se levantó y buscó las pocas pertenencias que había de la niña en el apartamento con ayuda de Marta.

—Es de noche y tienes que dormir.

—Ya nos veremos otro día, cariño —señaló Marta buscando tranquilizarla con temor a que se echara a llorar en cualquier momento.

Leire puso sus brazos en jarras y sonrió.

—¿Mañana?

Los dos adultos la observaron sin saber muy bien qué decir. Intercambiaron miradas.

—Marta tiene que descansar...

—No me importa —terció ella—. Podemos pasar el domingo juntos, si queréis.

David agarró la chaqueta de Leire y la ayudó a ponérsela.

—¿Estás segura? No tienes por qué hacerlo.

La librera se acercó a la pequeña y le dio un beso en la mejilla. Luego enfrentó su mirada a la del actor.

—Quiero hacerlo —le dijo.

Leire observó a los dos adultos. Dio un beso a Marta y bajó corriendo la escalera gritando de alegría.

—¿Seguro? —repitió David, y la librera asintió—. ¿No prefieres estar sola? Sé que la niña puede llegar a cansar y...

Marta le agarró una mano y le susurró:

—Quiero pasar el domingo con vosotros.

Capítulo 9

He cruzado océanos de tiempo para encontrarte.

Drácula, de Bram Stoker

El timbre de la puerta sonó demasiado temprano para ser domingo.

Marta se tapó la cabeza con el nórdico y se hizo un ovillo en la cama. La pasada noche había dormido mal, a causa de la aparición en sus sueños de un actor al que conocía bastante bien.

El timbre volvió a sonar con insistencia. Fuera quien fuese, no iba a cejar en su empeño.

—Ya voy —dijo en voz alta, con la esperanza de que la persona que estaba detrás de la puerta la oyera y dejara de pulsar ese instrumento del demonio.

Reticiente, Marta salió de la cama, con un pijama blanco de pantalón ancho y una camiseta en la que se podía leer: «¡No puedo con mi vida!», acompañado del dibujo de un bulldog tumbado que miraba con cara de pena. Se recogió el cabello en un moño en un intento de controlarlo y descendió la escalera como si cargara con todo el peso del mundo.

Justo cuando abría la puerta, el timbre sonó de nuevo.

—¿Sabe qué hora es?! —espetó sin control.

Una risa masculina la envolvió.

—La hora del desayuno.

Los ojos de Marta se abrieron de par en par.

—¿David?

—El mismo —señaló él en tono burlón.

La librera tiró de su camiseta hacia abajo y se subió las gafas instintivamente.

—¿Qué haces aquí?

—Habíamos quedado —indicó él mientras la hacía a un lado y atravesaba la tienda en dirección al apartamento.

Marta se quedó con la puerta abierta, observando la espalda de su «invitado».

—Sí, pero...

—Venga, sube, que el café se enfría —gritó David desde arriba, invitándola a que lo siguiera.

Ella se asomó a la calle, miró a ambos lados, cerró la puerta con un suspiro y se dijo a sí misma: «Buenos días, Marta. ¿Has dormido bien?».

—Marta, ¿subes?

Negó con la cabeza y se dirigió hacia el piso de arriba.

—¿Y Leire? —le preguntó en cuanto llegó al apartamento.

David, que en ese momento colocaba en la barra americana el café y los bollos, que había comprado en una pastelería cercana, le sonrió.

—Se ha quedado con George —anunció—. Siéntate, que se va a enfriar.

—Necesito ir un momento al servicio —dijo ella, señalando la puerta que separaba el baño del resto de la casa.

—De acuerdo. Te espero aquí.

Marta observó unos segundos al actor, quien se movía por su apartamento como pez en el agua, sacando platos y cubiertos de los diferentes armarios que conformaban su minicocina y recolocando la bollería que había comprado. Pensó que esa mañana estaba especialmente atractivo con una camiseta azul y unos vaqueros desteñidos.

—Marta...

—¿Sí?

—¿No ibas al servicio?

La cara de la joven se tornó de un tono rojizo mientras tosía brevemente.

—Ah... Sí. —Y salió corriendo para desaparecer a continuación tras la puerta.

Una sonrisa traviesa nació en la boca de David. Sabía que era muy temprano para despertarla, a pesar de que la tarde anterior habían quedado en que pasarían el domingo juntos, pero según sonó el despertador y llevó a Leire con George, no pudo esperar más para acudir a su lado.

Los planes eran que estuvieran los tres juntos, Leire, Marta y él. La niña estaba ilusionada ante la idea de compartir ese domingo con los adultos, pero cuando llegaron a la casa del actor, la que le había alquilado la productora por el tiempo que durara el rodaje de la película, y tras acostar a su sobrina, la cabeza de David comenzó a pensar.

No es que no quisiera pasar el día los tres juntos. Lo estaba deseando, y más después de ver el cariño de su sobrina hacia la librera, pero ansiaba disfrutar de unas horas robadas junto a Marta. Ellos dos solos. Necesitaba comprobar si esa química que explotaba cada vez que estaban juntos iba más allá de la simple atracción sexual.

Cuando tomó la decisión de que el domingo podía utilizarlo para investigar qué había entre Marta y él, llamó a su amigo George.

—Ya puede ser importante —lo amenazó él con voz ronca a través del teléfono.

David levantó la vista hacia el reloj que tenía enfrente.

—Perdona, no sabía que fuera tan tarde.

—A las cuatro de la mañana suele estar la gente durmiendo —recalcó el director.

—Lo siento, George —se disculpó él de nuevo—. No es nada urgente. Ya hablaremos mañana.

—Ehh... Ahora que me has despertado, no se te ocurra colgarme. ¿Qué sucede? —Se hizo un silencio entre ambos—. David...

—Necesitaba un favor.

—Debe de ser muy importante para que me desveles —indicó George con chanza, sabiendo por dónde podía ir la petición.

Desde hacía unos días, su amigo estaba muy raro, y sólo se podía deber a una mujer. Había descuidado hasta su trabajo, algo muy extraño en él.

—Ya te he pedido disculpas —repuso el actor—. Creo que será mejor que lo hablemos en otro

momento y...

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —preguntó David confuso.

—La mujer por la que estás despierto a estas horas —soltó su amigo sin temor a equivocarse.

—Marta.

—Ajá... Y ¿qué es lo que necesitas?

David suspiró.

—¿Podrías quedarte con Leire mañana?

La risa ronca de su amigo atravesó la línea telefónica.

—Sin problemas —confirmó—. ¿A qué hora me la traerás?

—Temprano... —sopesó él con miedo.

El director gruñó.

—Te veo mañana —dijo, y se despidió colgando el teléfono.

David se había acostado inmediatamente después con una enorme sonrisa, deseando que el despertador sonara sin demora. Y ahí estaba ahora, en el apartamento de Marta, preparándole el desayuno.

Oyó la cadena del váter y volvió a sonreír. A eso se le llamaba «cotidianidad».

—¿Por qué se ha quedado Leire con tu amigo? —interrogó la librera nada más salir del servicio. Se dirigió hasta uno de los taburetes que había al lado de la barra americana y cogió un cruasán.

—Quería pasar el día con su tío favorito... —explicó él a media voz, sentándose al lado de la dueña de la casa.

Marta dio un mordisco al bollo y observó a David.

—En la pantalla se te da mejor mentir.

Él la miró y sonrió.

—¿Cómo sabes que no digo la verdad?

—Has hablado al cuello de tu camiseta en vez de mirarme a los ojos —aclaró ella mientras bebía su café.

David la imitó y después confesó:

—Quería pasar un tiempo a solas contigo.

Marta asintió, se acabó el café que le quedaba y se levantó para dejar el vaso en el fregadero, dándole la espalda a su invitado. No quería que viera cuánto le habían afectado sus palabras.

—Y ¿cómo se lo ha tomado Leire?

Oyó arrastrar el taburete y los pasos amortiguados por la tarima del suelo del apartamento hasta que David se situó detrás de ella.

—Bien. George le ha prometido que la iba a llevar al Parque Warner —susurró a su oído mientras le prodigaba pequeños besos en el cuello.

Marta suspiró y se agarró a la encimera al tiempo que ladeaba la cabeza para permitirle libre acceso.

—Y ¿qué planes tienes? —preguntó con voz suave.

David llevó sus manos por debajo de la camiseta del pijama y comenzó a acariciar el estómago de la mujer, arrancándole suaves suspiros.

—No había pensado en nada concreto —confesó a media voz, regalándole un nuevo beso detrás de la

oreja.

Marta se volvió hacia él.

—Lo has vuelto a hacer —lo acusó riéndose.

David se encogió de hombros.

—Vas a convertirte en mi crítica más despiadada.

La joven le abrazó la cintura y metió las manos en los bolsillos traseros del vaquero que llevaba.

—¿Yo? —preguntó mordiéndose el labio—. Si soy un ángel.

Su risa los envolvió mientras las manos de David acariciaban la espalda de ella.

—Espero que eso no sea verdad.

Marta lo miró a los ojos por unos segundos, reteniendo la respiración. Ambos sabían lo que ese deseo llevaba implícito.

—Podemos comprobarlo —lo invitó con timidez.

David le acarició el rostro con los ojos, memorizando cada uno de sus rasgos. Le quitó las gafas rojas arrancándole un leve jadeo y le besó la nariz, donde reposaban las pequeñas pecas.

—Lo estoy deseando.

Marta se puso de puntillas, acercando su cara a la del actor, y la boca masculina se asentó sobre sus labios, robándole un beso que la hizo temblar.

Sus manos, que seguían atrapadas en los bolsillos del vaquero, aprisionaron el trasero de su dueño, acercándolo más a su cuerpo. Sentir su erección tan próxima le arrancó un profundo jadeo que invitó a David a profundizar en su acercamiento.

Acomodó a Marta sobre la encimera de la cocina y se deshizo sin esfuerzo de su camiseta. Unos pechos redondeados y suaves dieron la bienvenida a sus manos, que comenzaron a acariciarlos, arrancándole a su dueña suaves jadeos que aumentaron de volumen al son de cada caricia, lametón o pellizco.

Marta le quitó la camiseta azul, dejando al descubierto un estómago bien formado que reafirmaba la idea de que el actor cuidaba mucho su imagen. Acarició cada una de las líneas que marcaban sus músculos y dejó que sus manos delinearan dibujos inconexos por su fuerte espalda.

Una de las manos de David descendió hasta el pantalón del pijama, desapareciendo en su interior.

Ante esa incursión, ella emitió un pequeño grito de sorpresa, atrayendo la atención de su amante.

Él la miró con deseo.

—Si quieres que paremos, sólo tienes que decirlo —le susurró mientras sus dedos le acariciaban los labios genitales.

Marta se mordió el labio para evitar decirle lo que ocurriría si decidía detenerse en ese momento. Le quitó el cinturón sin despegar su mirada de la suya y le desabrochó el vaquero. Metió una mano en el bóxer y atrapó su pene. En ese instante, uno de los dedos masculinos se introdujo dentro de ella, arrancándole un nuevo gemido.

—Creo que... —Gimió de nuevo ante el movimiento del dedo de David y no pudo terminar lo que iba a decir.

El actor se posó sobre su boca con fuerza, robándole ese gemido. Atrapó el labio inferior e introdujo su lengua en la boca de ella, buscando su gemela.

Marta comenzó a mover su mano arriba y abajo, al mismo ritmo que los dedos de David hacían magia

en su pubis.

Una de las manos de él ascendió entonces hasta su pecho y comenzó a pellizcar los pezones, incrementando la tensión sexual en el cuerpo de su dueña.

—David... —lo llamó ella aprovechando que el actor había descendido para lamer sus senos—. Creo que, si seguimos mucho más, no voy a ser capaz de...

El actor la miró, detuvo su dulce tortura y la cogió en brazos.

—Mejor en la cama.

Marta asintió mientras lo besaba y sentía cómo la llevaba hasta el lecho, donde la depositó. Le quitó la ropa que le quedaba y se deshizo de sus vaqueros y de sus calzoncillos. A continuación, la observó por unos segundos y confesó:

—Me robas el alma.

Marta estiró los brazos invitándolo a que se reuniera con ella.

David suspiró y se tumbó encima con cuidado de no aplastarla. La besó en la nariz y, a continuación, en la boca, cuya dueña lo esperaba ansiosa. Dejó que una de sus manos descendiera con lentitud por el cuerpo de ella, arrancándole leves jadeos, hasta que agarró su pene y lo introdujo en su interior.

Marta gritó ante esa dulce invasión. Enrolló las piernas alrededor de su cintura y comenzó a moverse buscando una mayor intimidad.

Las embestidas fueron incrementándose, acompañadas de caricias y besos, jadeos y gemidos que fueron en aumento, hasta que una explosión interior los sorprendió.

La pasión había acelerado sus instintos, buscando saciar con rapidez los sentimientos que afloraban en sus corazones desde que habían coincidido. Un tsunami que había arrasado con todo lo que encontraba a su paso.

Ambos se miraron.

David le apartó el cabello de la frente, donde le dio un dulce beso, descendió hasta la nariz y le prodigó alguno más, adorando las pequeñas marcas que subyacían en la piel.

—Nunca me cansaré de admirar tus besos de ángel.

Capítulo 10

El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos.

Casablanca

Marta estaba sentada en el poyete de la ventana, dejando que su mirada se perdiera por el parque mientras el silencio la rodeaba, cuando un pequeño ruido proveniente de la cama atrajo su atención. Se abrazó las piernas y dejó que sus ojos recorrieran el cuerpo desnudo de su invitado, que descansaba en mitad del colchón.

Después de saciar el deseo insatisfecho que albergaban desde que se habían visto por primera vez, se habían pasado la mañana conociéndose con lentitud, descubriéndose el uno al otro por medio de caricias y besos. Habían compartido miradas y risas, entre confidencias y gemidos. Unas horas que parecían más un sueño que una realidad, de no haber sido por las marcas y las sensaciones que habían experimentado.

Un suspiro escapó de entre los labios de Marta. No podía creer que estuviera en su cama el actor más deseado del panorama nacional, «la sonrisa de Cary Grant», y menos que hubiera hecho el amor con él. Su tez se tiñó de rojo en cuanto recordó algunos de los momentos que habían compartido.

—Hola.

Ella miró al protagonista de sus desvelos y le sonrió con timidez.

—Hola —repitió.

David señaló la cama.

—¿Por qué estás tan lejos? —Ella se rio—. Ya te echo de menos.

La joven se acercó hasta la cama y se tumbó a su lado.

—Estabas durmiendo y no quería molestarte.

El actor le dio un beso, acallando su explicación. Posó una mano debajo de su camiseta y le acarició el estómago.

—¿Qué hora es? Tengo hambre.

—Tarde. ¿Quieres que pidamos comida china?

—Me encanta, y si, mientras esperamos, nos damos una ducha, el plan sería perfecto.

Marta le dio un beso fugaz en los labios. Luego se zafó del abrazo de su amante y se levantó de la cama para coger el teléfono.

—Ya me he duchado —anunció observando un mohín en su rostro—, pero puedo volver a hacerlo.

—Así me gusta más —sonrió él.

Las carcajadas femeninas resonaron en el apartamento.

—Ya sé de quién ha sacado Leire ese chantaje emocional tan característico de ella.

David la miró con cara de no haber roto ningún plato, para enseñarle la lengua posteriormente.

—No sé a qué te refieres. —Sin ningún pudor, se levantó desnudo de la cama—. Te espero en la ducha.

Ella asintió muda con la cabeza al ver el fantástico espectáculo.

La puerta del baño se cerró, dejándola sola con el teléfono y la sensación de que estaba viviendo un sueño. Marcó el primer número del teléfono del restaurante chino y en ese instante se dio cuenta de que no sabía si David quería algo en especial.

Se acercó hasta la puerta, la entreabrió y le preguntó:

—¿Qué te apetece comer?

David, que estaba a punto de entrar en la ducha, se acercó hasta ella y le robó un profundo beso.

—A ti.

Cuando el timbre de la puerta sonó, acababan de terminar de compartir una ducha, en la que las caricias y los besos compitieron con el gel de frutas de la propietaria del apartamento. Marta bajó corriendo la escalera con una dulce sonrisa mientras David se quedaba atrás, vistiéndose.

Comieron en el suelo, al igual que la pasada noche con Leire, como si fuera un pícnic en mitad del campo, aunque en ese caso era en mitad del apartamento. Hablaron de todo, de la actualidad que los rodeaba y de cualquier anécdota infantil, lo que les arrancó más de una carcajada. La comida iba desapareciendo de sus envases, compartiendo tenedor cuando uno de los dos se encaprichaba de lo que el otro iba a comer en ese momento.

Estaban casi terminando cuando Marta se atrevió a preguntar la razón por la que él había salido corriendo hacía ya una semana.

—David, ¿qué sucedió el domingo pasado?

El actor, que acababa de llevarse a la boca un trozo grande de ternera, tuvo que beber del vaso de agua para digerir la comida antes de contestar.

—¿Te refieres a por qué tuve que irme... de ese modo?

Marta asintió.

—Pensé que estábamos bien, que...

Él atrapó su mano, acallándola.

—Tú..., nosotros no éramos el problema. —Dejó el vaso de agua y volvió a mirarla—. Tuve que ir a por Leire.

—¿Tan tarde? ¿Qué sucedió?

David expulsó el aire que retenía.

—Clara, mi hermana, ha vuelto a desaparecer.

Marta ahogó un jadeo. Sabía por las noticias que había leído de él que tenía una hermana un tanto conflictiva, y más después de la muerte de sus padres, pero desconocía el alcance de la situación.

—¿Lo ha hecho otras veces? —preguntó observando cómo David se levantaba y se dirigía hacia la ventana.

—No es la primera —confesó él—. Antes de que mis padres fallecieran lo hacía a menudo, pero luego, cuando Leire nació, pareció que la recuperábamos.

Marta fue tras él y lo abrazó.

—Y ¿qué ha pasado ahora?

Él negó con la cabeza mientras acariciaba las manos de la librera. Parecía que mantener el contacto con ella lo tranquilizaba.

—No lo sé. Tras la muerte de nuestros padres, volvió a hacer alguna de las tuyas, pero... —Tragó saliva, síntoma de que le costaba recordar esos momentos—. Tuve que amenazarla con quitarle a Leire si no se hacía cargo de sus obligaciones como madre. A partir de ese momento, sus desapariciones fueron esporádicas y por un corto espacio de tiempo, hasta hoy.

—¿No sabes dónde está? —lo interrogó Marta.

Él negó con la cabeza.

—Dejó a Leire con una vecina y, cuando ésta vio que Clara no aparecía después de casi tres días, me llamó.

—El domingo —dedujo ella.

—El domingo —confirmó David—. Desde entonces la tengo conmigo.

—¿Has avisado a la policía?

—Sí, y además he contratado a un detective privado.

Marta asintió conforme.

—Y Leire, ¿cómo lo lleva? —se preocupó por la pequeña.

David gruñó.

—De momento, bien. Ha coincidido con días de fiesta y piensa que esto —estiró los brazos— son unas vacaciones.

Un silencio cómodo se posó entre ambos.

—Lo siento —señaló de pronto Marta—. Y yo pensando que... —musitó. Dejó la frase inacabada y se puso a recoger el improvisado pícnic.

El actor fue detrás de ella y la retuvo del brazo, obligándola a que lo mirara.

—¿Qué pensabas?

Marta negó con la cabeza.

—No tiene importancia.

Él tiró de ella, la atrajo hasta su cuerpo y le levantó el rostro.

—Sí tiene importancia. Dímelo.

Marta no era capaz de sostenerle la mirada.

—Pensé que...

—¿El qué?

Expulsó el aire que retenía y lo dijo de golpe:

—Me comparé con las mujeres que suelen acompañarte a las fiestas o en las fotos de las revistas y perdí —confesó—. Creí que te habías arrepentido del día que habíamos compartido, de estar conmigo...

David gruñó para, a continuación, robarle un beso feroz que la dejó temblando.

—Marta, tú eres distinta. No sé qué está sucediendo entre nosotros, pero sí sé una cosa.

Ella lo miró anhelante.

—¿Qué?

—Lo que tú y yo compartimos no se puede comparar con nada ni con nadie. No he sentido nada igual

por ninguna otra persona nunca. —Marta notó cómo su corazón latía a gran velocidad ante esa declaración—. Y espero que tú tampoco...

La joven lo agarró de la nuca y lo acercó a sus labios.

—Yo tampoco —sentenció con un beso que los dejó a ambos sin respiración.

Se miraron con deseo, con pasión y con ese sentimiento al que ninguno de los dos se atrevía a dar nombre.

—Tengo que llamar a George para ver cómo está Leire —anunció el actor sin dejar de mirarla.

Ella asintió.

—Mientras tanto, recogeré la comida.

David le acarició la mejilla con lentitud y le dio un beso en las pecas de la nariz. A continuación, cogió su móvil de encima de la barra americana, donde lo había dejado cuando llegó esa mañana.

Marta suspiró y empezó con la tarea, a la que enseguida se apuntó el actor.

—¿Ya has colgado el teléfono? —preguntó curiosa.

David le cogió los vasos y los llevó hasta la cocina.

—Estaba a punto de montar en una atracción y no podía entretenerse.

—¿Qué tal Leire?

—Parece que bien. Se la oía de fondo —explicó—. Al que no oía tan bien era a George, creo que este favor me lo va a cobrar con creces.

Marta, que había terminado de doblar la manta que les había servido de mantel, se acercó hasta él y lo abrazó.

—Espero que esté mereciendo la pena.

Él la besó en los labios.

—Mucho.

—Me alegro. —Tiró de él y lo llevó hasta la cama, donde se tumbaron—. David, estaba pensando que... Si no quieres contármelo, lo entenderé, pero...

El actor la miró.

—Dime.

—¿Cómo es que lo de Leire y tu hermana no ha salido a la luz?

Él bufó y se acomodó sobre el colchón.

—No lo sabemos a ciencia cierta todavía —confesó—. Puede que ayudara verme en toda fiesta que se celebraba al lado de una actriz o una modelo.

Marta se quedó callada.

—Puede...

Él la cogió de la barbilla y buscó su mirada.

—No comiences a pensar cosas raras —dijo—. Ya lo hemos hablado y...

—No —lo interrumpió ella—. Estaba pensando que... —Se levantó de la cama y fue hasta una de las estanterías que había debajo de la ventana.

—¿Adónde vas? —La vio coger una revista.

—Creo que, con todo lo de Leire y el rodaje, no has visto esto. —David la observó con curiosidad—. Mira la página diez.

Ella se acomodó a su lado mientras él buscaba el artículo que le mencionaba.

—Serán cabrones —masculló el actor en cuanto vio las fotos—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Son del domingo, pero no sé cómo las hicieron, ni cómo nos localizaron.

El actor enrolló la revista con fuerza para tirarla al suelo de mala leche.

—Lo siento, yo no quería que mi mundo te alcanzara.

Marta siseó.

—No pasa nada —intentó tranquilizarlo—. De hecho, según mi amiga Cristina, las fotos son de tan mala calidad que no se nos ve muy bien. Tú porque eres reconocible y seguro que tienes legiones de fotógrafos siguiéndote. —Lo señaló con el dedo—. Y no me extraña, pero a mí no se me identifica.

David atrapó su cara, la tumbó boca arriba y se echó encima de ella con cuidado.

—Serían todos tontos si no te vieran en esas fotos.

Ella se rio, posando los ojos en su boca para enfrentar su mirada a continuación.

—Pues confiemos en que estemos rodeados de tontos —susurró acallando sus palabras con un beso.

Capítulo 11

En el mundo casi no hay nada más importante que amar...

VICTOR HUGO, *Los miserables*

—Buenos días —lo saludó George ofreciéndole un vaso de café.

David, que repasaba la escena que les tocaba grabar esa mañana, le sonrió.

—Gracias.

—Ayer, cuando viniste a recoger a Leire, apenas nos dio tiempo a hablar —comentó su amigo sentándose en una de las sillas cercanas.

El actor lo imitó y se llevó el vaso a la boca.

—Como Leire estaba dormida, no quise entretenerme.

George asintió.

—¿Qué tal fue el domingo?

David enrojeció, parejo al tono de la camiseta que llevaba, y buscó a Leire, que jugaba con *Robin*. Hoy le tocaba filmar con el animal y rezaba por que pudiera controlarlo.

—Bien...

El director lo observó y sonrió. Parco en palabras, con la mirada perdida y un halo de felicidad... Su amigo estaba enamorado.

—¿Sólo bien? —insistió.

David lo miró y le regaló una nueva sonrisa.

—Mejor que bien —confesó.

El director estalló en carcajadas llamando la atención de las personas más cercanas, se palmeó las piernas, enfundadas en un vaquero negro, y se levantó.

—¿Cuándo me la vas a presentar?

David movió el cuello buscando destensar los músculos.

—Quiero ir poco a poco... Marta es distinta y...

La preocupación en su tono de voz llamó la atención de George. Se sentó de nuevo, apoyó los codos sobre las piernas y esperó a que le contara más, pero el actor no siguió hablando.

—David, ¿qué sucede?

El aludido expulsó el aire que retenía y lo miró.

—Me preocupa que se agobie con este mundo. —Señaló cuanto los rodeaba—. Ella no pertenece a esto y...

—No te preocupes, en el fondo, es un trabajo más y, si es tan especial, sabrá verlo.

David se apartó el flequillo rubio, que le caía sobre la frente, y gruñó:

—No quiero perderla.

—¿Por qué la ibas a perder?

Observó a su sobrina y a su rostro asomó una triste sonrisa.

—Ya han aparecido unas fotos en una revista... De los dos...

—¿Ya? —repitió George—. ¿Tan pronto?

David se levantó y dejó que sus manos se perdieran en los bolsillos de su vaquero.

—Apenas se la distingue, pero nosotros sabemos que no tardarán mucho.

—¿Marta lo sabe? —interrogó su amigo con curiosidad.

El actor asintió.

—Fue ella quien me enseñó la revista y, aunque en un principio me dijo que no me preocupara, en estos pocos días he llegado a conocerla y sé que no le ha hecho mucha gracia aparecer en ese artículo.

El silencio se asentó entre los dos hombres. George se levantó nuevamente de la silla, posó una mano en el hombro de su amigo y ambos dejaron que sus miradas se centraran en Leire, que corría en pos del cachorro.

—No te agobies —le aconsejó—. Quizá no suceda nada y no lleguen hasta ella.

El hombre rubio asintió.

—Puede que tengas razón.

—¿Estás enamorado? —le preguntó entonces George.

David miró al cielo, de un azul casi blanco, observó las nubes y oyó el trino de un par de pájaros cercanos a la zona del rodaje. La imagen de Marta se le materializó sin esfuerzo, oyó su risa, recordó sus pecas y el tono de sus ojos marrones, un rostro que lo acompañaba desde hacía pocos días, pero —debía reconocérselo a sí mismo— sin el que ya no podría vivir.

—Sí. Me he enamorado —confesó—. En menos de diez días... ¿Eso es posible, George?

Su amigo se rio y le despeinó el cabello.

—En el amor, todo es posible.

—Hola —la saludó Cristina nada más traspasar la puerta de la librería.

Marta le hizo una señal con la mano para que esperara dos segundos. Attendía a unos clientes que habían ido expresamente a por el cuento de *El gato Sonrisas*, pues se lo habían recomendado unos amigos que habían estado allí hacía unos días.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó a la abogada después de envolver el cuento con papel de regalo, cobrarles y despedirse de ellos.

Cristina, que se había adentrado en la librería para ver cómo estaba el agujero del techo, volvió en cuanto Marta la reclamó.

—Pasaba por aquí. —Le guiñó un ojo.

La librera la miró extrañada. Llevaba un traje de pantalón y chaqueta en tono gris, acompañado de una blusa malva y unos zapatos de fino tacón. Marta no entendía cómo podía aguantar todo el día subida en ese tipo de calzado. Siempre que podía, ella terminaba descalza, y con faldas o blusas anchas, como hoy.

—Un lunes... —añadió. Su amiga asintió—. Cuando tienes más trabajo porque debes ir a los

juzgados...

Cristina se apoyó en el mostrador y le sonrió.

—Hoy no había tanto trabajo —indicó mostrando una media sonrisa.

A Marta no la engañaba. Algo ocultaba.

—Ya...

—¿Cómo es que tienes la puerta abierta de la librería?

Ella la miró.

—Me sigue pareciendo que hay olor a humedad y, como hace tan buen día, he pensado que podía dejarla así.

—Sí, es verdad que hace buen día —indicó la abogada.

Marta atrapó las manos de su amiga y la reclamó:

—¿Qué pasa? Te conozco desde hace muchos años y a mí no me engañas.

Cristina se rio.

—Nada, sólo quería saber qué tal fue tu domingo.

—Ya sabía yo que algo tramabas. —Marta la señaló con el dedo—. Bien, fue bien. ¿Y el tuyo? —

Cogió un par de libros que había sobre el mostrador y los llevó a una de las estanterías.

—Marta, ya sabes por qué pregunto.

Ella se volvió, le guiñó un ojo y se encogió de hombros.

—No. No sé a qué te refieres. —dijo. La oyó mascullar para sí y no pudo evitar reírse.

—Marta... No seas mala.

Ella, que acababa de sentarse en el sofá que había en el centro del local, dio una palmada en el asiento junto a ella, invitándola a que la acompañara.

—El domingo fue genial —claudicó—. Fantástico. Hablamos y reímos. Pasamos todo el día juntos.

David es... Consiguió que...

La risa de la letrada la interrumpió.

—Si me das muchos más detalles, va a parecer que estuve con vosotros.

Marta enrojeció.

—Lo siento. Es difícil explicar algo que no sé muy bien cómo definir.

Su amiga atrapó una de sus manos y con la otra le subió las gafas, que se le habían resbalado por la nariz.

—Te hace feliz. —Asintió—. Eso es lo importante.

—Perdón... Buenos días, ¿hay alguien? —La voz de un hombre les llegó con claridad.

—Un cliente —susurró Marta—. Luego te cuento.

Cristina le guiñó un ojo.

—Hola...

—Sí. Ya voy —dijo Marta señalando al recién llegado.

Se levantó del sofá seguida por su amiga.

En la entrada los esperaba un hombre bajo, regordete y calvo. Iba vestido con una camisa de cuadros de colores y un pantalón de pana beis.

—Buenos días, disculpe la tardanza.

El hombre hizo una señal con la mano, quitándole importancia al hecho. Sacó una libreta de uno de

los bolsillos traseros del pantalón y cogió un lápiz que llevaba colocado en la oreja.

—No pasa nada —indicó—. Buscaba a la dueña de esta librería.

Marta se colocó detrás del mostrador y le sonrió.

—Yo misma. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Es verdad que David Finch y usted están juntos? ¿Desde cuándo se conocen? ¿Son pareja?...

Capítulo 12

A veces, el viaje más largo es la distancia entre dos personas.

Palmeras en la nieve

El timbre de la puerta resonó en la librería. Era ya tarde. La noche había caído y la luna se ocultaba detrás de las numerosas nubes que poblaban el cielo oscuro. Se avecinaba tormenta.

Era como si el tiempo se hubiera aliado con el estado anímico de Marta.

Había pasado un lunes horrible.

Desde que el hombre de la camisa de cuadros había entrado en Para Regalo, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. A él lo siguieron algunos periodistas más, que, acompañados de cámaras fotográficas, no paraban de retratar todo aquello que les llamaba la atención, además de hacerle fotos a ella sin parar.

Las preguntas sobre su supuesta relación con David se sucedían, pasando a interesarse ya por su vida personal, que nada tenía que ver con el trato que mantenía o no con el actor. Cuando uno de los *paparazzi* le preguntó sobre su situación económica, alegando que podía estar con Finch porque su cuenta bancaria y la librería necesitaban de su dinero, Marta se derrumbó.

Cristina tomó entonces las riendas del asunto y los echó de Para Regalo con cajas destempladas. Cerró la puerta tras ellos e intentó tranquilizar a su amiga.

—No les hagas caso.

Marta soltó el aire que retenía y la miró con lágrimas en los ojos.

—¿Los has oído?

La letrada asintió.

Cualquiera que hubiera pasado cerca de la tienda los habría oído. Las preguntas habían ido subiendo de tono, hasta rozar en algunas ocasiones la grosería.

—Marta, nadie va a pensar...

Ella se levantó del taburete, tirándolo en su camino hacia el interior del local.

—Van a creer que soy una cazafortunas, una arpía que sólo busca la fama y su dinero.

—La gente que importa, no.

Marta negó con la cabeza.

—Tengo un negocio, Cris. —Abarcó con los brazos el espacio que las rodeaba—. Esté mal o bien, tengo que seguir con él y necesito clientes para mantenerlo.

Se sentó en el sofá y escondió la cara entre las manos. El cabello cayó ocultándola como una cortina.

—Piensa que esto será sólo una fase —señaló Cristina, intentando impregnar su voz de ese

convencimiento que a ella le faltaba.

Marta gruñó y la miró.

—¿Lo crees de verdad?

Cris asintió y le dio un beso en la mejilla.

—Ya lo verás —insistió—. Habla con David. Resolvedlo los dos juntos.

Marta asintió, se levantó y se dirigió hacia la entrada.

—¿Adónde vas?

—Tengo que trabajar.

La abogada observó a su amiga y sonrió. En su cara quedaba el rastro de unas pocas lágrimas que había derramado, pero el convencimiento de que no iba a dejarse hundir era patente en sus ojos.

Tras pasar un par de horas en las que Cristina consideró que podía dejarla sola, no sin antes asegurarle Marta que estaría bien y que, si la necesitaba, la llamaría, se marchó. Tenía que atender a sus clientes y no podía faltar más del despacho.

En cuanto su amiga desapareció, la librería se llenó de curiosos, gente del pueblo que se acercaba a saludar a Marta con la excusa de que hacía mucho tiempo que no la veían o para preguntar sobre algún libro que ya comprarían más adelante para un regalo. Los periodistas siguieron apareciendo, pero ya fueron menos. Cuando los veía llegar —las cámaras de fotos colgadas del cuello los delataban—, Marta no dudaba en echarlos del establecimiento sin esperar a que pronunciaran ninguna palabra.

Fue un día de locos que sólo sirvió para que dudara de la relación que estaba naciendo entre David y ella, de si merecía la pena pasar por lo que estaba pasando o qué podría llegar a ocurrir, porque de lo que estaba segura era de que, cuando las revistas salieran el jueves, eso iba a ser una mínima parte de lo que todavía estaba por llegar.

El timbre de la puerta volvió a sonar, reclamando su atención.

Descendió la escalera con temor a encontrarse un nuevo periodista que había preferido aparecer a horas intempestivas con la esperanza de pillarla desprevenida, pero cuando llegó a la entrada, se sorprendió.

—Hola, ¿estás bien?

Marta observó al recién llegado, que la miraba con cara de cansancio. La barba rubia ya comenzaba a aparecer en su rostro masculino, y sus ojos azules reflejaban preocupación.

Las lágrimas que llevaba conteniendo durante todo el día manaron entonces descontroladas. David estiró los brazos y ella buscó el amparo de ese refugio.

—Ya ha pasado —repetía el actor mientras le acariciaba la espalda, intentando tranquilizarla.

Había sospechado que algo podría haber sucedido en cuanto un grupo grande de periodistas apareció en el set de rodaje buscando entrevistarlo. El equipo los había contenido hasta que habían filmado la escena que tenían prevista para ese día, pero en cuanto terminó y David pudo atenderlos, el nombre de Marta no paró de repetirse en cada una de sus preguntas.

George acabó interviniendo cuando observó la cara de su amigo, en la que se reflejaba la ira contenida a cada nueva pregunta insidiosa. Llamó al equipo de seguridad para que echara a los periodistas e invitó a David a que se quedara en una de las caravanas dispersas por el área de rodaje hasta que los ánimos se tranquilizaran.

«Menos mal que Leire no se encontraba ya allí», pensó el actor. Cediendo a sus deseos, la había

dejado ir con una de las maquilladoras a pasar la noche a su casa; tenía un hijo de la misma edad y se conocían de haber coincidido en otras películas. Sin quererlo, había evitado que la pequeña terminara siendo el foco de atención de los flashes, pero ahora su preocupación se centraba en otro ser querido. En Marta. Si ellos habían ido al área de rodaje era porque seguro que ya la habían localizado.

En cuanto se hizo de noche y comprobó que podía despistar a los pocos *paparazzi* que quedaban vigilándolo, cogió prestada una de las motos que se utilizaban para las escenas de persecución de la película y se fue a la librería.

Era muy tarde y se arriesgaba a que ella ya estuviera durmiendo, pero necesitaba verla, comprobar que se encontraba bien.

Llamó al timbre pero nadie le abrió. Insistió una vez más sin esperanzas. Estaba a punto de marcharse cuando la cara de Marta le dio la bienvenida. Observó que la alegría, siempre perenne en su rostro, se había evaporado y un pequeño temblor en el labio inferior comenzaba a ser persistente.

Sus lágrimas lo destrozaron por dentro.

Cuando por fin logró calmarla, tumbados en la cama, descalzos, acariciándola, dándole besos en el cabello, susurrándole palabras de aliento, el silencio los rodeó. Un silencio tenso que no pronosticaba nada bueno.

—¿Estás mejor? —Ella asintió muda—. ¿Seguro?

Marta lo miró, afirmó de nuevo y se levantó de la cama para acercarse hasta las ventanas, alejándose de su lado.

—¿Sabes qué es lo que querían saber?

David podía suponerlo, por las preguntas que le habían hecho a él cuando fueron a buscarlo, pero tenía la esperanza de que no se las hubieran hecho también a ella.

—Que si estoy contigo por tu dinero, por tu fama —espetó Marta, mostrando en sus puños cerrados la furia que sentía.

—Eso no es verdad...

Ella se giró y lo enfrentó.

—No, no es verdad, pero es lo que publicarán en sus revistas. —Dejó que su mano se enredara en su cabello—. «La cenicienta que encontró su bolsa de dinero...»

—Estás exagerando.

Ella negó con la cabeza y se sentó en uno de los taburetes cercanos a la barra americana.

—Uno de los periodistas que ha venido hoy se jactaba de que ya tenía titular para su artículo.

David se acercó hasta ella y se colocó entre sus piernas. Atrapó su rostro y la miró con fijeza.

—Eso no es verdad —repitió.

Ella apoyó la cabeza en su férreo estómago y suspiró.

—Lo sé, pero la gente pensará eso mismo y...

David la cogió de la barbilla y la miró.

—La gente, que piense lo que quiera. Ellos desconocen lo que nosotros sabemos.

—¿Qué sabemos?

La besó arrancándole un leve jadeo.

—Que nos hemos enamorado en diez días. Una locura, pero ésa es la verdad.

Marta asimiló sus palabras. Observó ese rostro que conocía por las películas, un rostro que ahora

sentía diferente porque lo había descubierto con otros ojos. Conocía al hombre que había detrás del personaje, el que la hacía reír, con el que vibraba y sentía, del que se había enamorado.

—Nos hemos enamorado —afirmó en un susurro, temiendo que, al dar voz a los sentimientos, éstos desaparecieran—. ¿De verdad?

David cogió su mano y se la llevó al corazón.

—Este músculo que sientes late por ti. Sólo por ti.

A continuación, se agachó y atrapó su boca, arrancándole un dulce beso.

—David...

—Mi pequeño ratón de librería... —dijo robándole una sonrisa.

Las manos femeninas se adentraron por debajo de su camiseta roja, dibujando círculos inconexos en la recia espalda, mientras él acariciaba su labio inferior con la lengua y provocaba que su cuerpo temblara de excitación.

—Te necesito. —Ella gimió ante su súplica—. Necesito saborear estos pechos, que me vuelven loco. —Bajó una mano hasta posarla sobre uno de sus senos y, a través de la tela de su camisón, comenzó a acariciar el pezón—. Necesito estar dentro de ti. Saborear el néctar de tu cuerpo y oír tu éxtasis cuando te haga mía.

La mano masculina descendió y se coló entre sus piernas. Dejó que uno de sus dedos sorteara la fina tela de las braguitas y se acomodó dentro de su sexo, arrancándole un dulce gemido.

—David...

Él se acercó entonces a su boca y le susurró:

—Dime que tú también me necesitas. —Al primer dedo le siguió un segundo, que le provocó a Marta un fuerte escalofrío—. Dime que quieres sentirme dentro de ti. —Y movió ambas falanges.

Marta tembló, se agarró a su hombro y lo miró anhelante.

—Te necesito.

La boca de David se cernió sobre la de ella al tiempo que la cogía en brazos y la llevaba hasta la cama.

La delicadeza no estuvo invitada a ese encuentro.

Fue una vía de escape, de la impotencia que habían sentido durante todo el día, de los sentimientos encontrados que habían nacido en su interior y de los desvelos que sintieron cuando el temor se apoderó de ambos.

Los besos y las caricias fueron acompañados de mordiscos y arañazos. La lucha de ambos amantes por imponer sus sentimientos, por mostrarle al otro la necesidad que tenían de su cuerpo. Una lucha en la que ambos salieron vencedores, o eso pensó David cuando se despidió de Marta con un beso de madrugada.

Capítulo 13

Toda historia es una historia interminable.

MICHAEL ENDE, *La historia interminable*

El hombre empujó la puerta de la librería sin apenas esfuerzo. El eco de sus pasos resonó en la tienda, acompañando al silencio de las estanterías solitarias. Avanzó entre los corredores desiertos hasta la escalera que desaparecía en el piso superior y, sin dudarlo, temiendo lo que sus ojos podrían encontrar, ascendió hasta el apartamento.

Lo que vio respondió a sus miedos.

El colchón desnudo, en mitad de la habitación, era el retrato de lo que allí había sucedido.

—Se ha ido —susurró—. Sin mí...

Capítulo 14

Mi consejo es: «Sal fuera, a los prados, a la naturaleza y al sol. Sal fuera y trata de reencontrar la felicidad en ti misma; piensa en todas las cosas bellas que hay dentro de ti y a tu alrededor, y sé feliz.

ANA FRANK, *El diario de Ana Frank*

La puerta del despacho rebotó contra la pared blanca. La mujer que había detrás de la mesa, con el teléfono en la mano, miró sorprendida a los dos hombres que acababan de presentarse de improviso.

—Señorita Sánchez, no he podido evitar que entraran. —El cabello de la secretaria era la única evidencia de que la mujer se encontraba detrás de las anchas espaldas de los hombres, además de su voz chillona—. Les he dicho a los caballeros que estaba usted ocupada, pero...

Cristina se despidió de la persona que había al otro lado de la línea y colgó.

—No pasa nada, Esther —la tranquilizó mientras se levantaba de su asiento y miraba a los dos caballeros—. Estos señores y yo ya nos conocemos. —La secretaria suspiró—. Llama al señor Martín y dile que llegaré unos minutos tarde a nuestra cita.

—Sí, señorita Sánchez —confirmó la empleada para desaparecer por la puerta.

En ese momento, los dos hombres se adentraron en el despacho de la abogada.

—¿Dónde está? —preguntó a bocajarro uno de ellos.

—David.... —Su compañero moreno intentó sosegarlo.

Cristina observó a la pareja. En realidad, le había mentado a su secretaria. No los conocía, pero con David había coincidido en un breve encuentro, donde de su boca sólo habían salido unos leves tartamudeos, y podía suponer que su acompañante era el director y amigo del actor. Las fotos que circulaban por internet no le hacían justicia. Era mucho más guapo en persona.

—Señores, creo que no nos han presentado formalmente —aseguró ofreciéndoles una sonrisa condescendiente—. Siéntense, por favor. —Señaló las dos sillas que había enfrente de ella—. Me llamo Cris...

—Cristina Sánchez, y es amiga de Marta —la interrumpió David.

La mujer fijó su mirada en el actor.

—Así es. —Se sentó—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Dime dónde está —le exigió el actor, golpeando con su puño la mesa.

George, que acababa de acomodarse en una de las sillas, cruzó las piernas y los brazos y observó a la abogada sin ningún disimulo. Su semblante no se había alterado ni un ápice desde que habían entrado en el despacho. Estaba impertérrita. Podía llevar con orgullo el título de Abogada Impasible, e incluso

podría presentarse a Miss Universo si quisiera. Era muy atractiva. Llevaba la melena rubia recogida en un moño bajo que permitía disfrutar con libertad de la visión de su rostro, unos labios sensuales que clamaban por ser besados y una mirada felina que, observó cuando intentó adivinar el color exacto de sus iris, no ocultaba del todo los sentimientos de su dueña.

—Por favor, señor Finch. Hablemos con tranquilidad —pidió ella.

—David, me lo has prometido —le recordó su amigo.

El actor los miró a ambos y se dejó caer sin fuerzas en la silla.

—Lo siento —se excusó, aunque George comprobó que sus ojos no mostraban ni una pizca de arrepentimiento.

Hacía tres semanas que David no veía a Marta, que había desaparecido. Había encontrado la librería vacía cuando había ido a buscarla aquel fatídico día, y su mundo se había derrumbado.

Llegó al set demacrado, y lo único que George logró sonsacarle fue que ella se había ido sin él.

Tras cancelar el rodaje de la escena que les tocaba ese día, ya que su actor principal no estaba en condiciones de grabar, su amigo lo llevó hasta una de las caravanas y logró que le contara lo que había sucedido.

—Marta se ha ido. La librería está vacía —expuso David a media voz—. Se ha ido, George.

El director no había visto nunca a su amigo en ese estado y no sabía cómo ayudarlo.

En principio, ninguno de los dos supo reaccionar, hasta que David se acordó de la mujer rubia que había visto con Marta en su primera cita.

—Cris debe de saber dónde se encuentra —dijo en voz alta de pronto.

—¿Quién es? —preguntó George con curiosidad.

Su amigo se levantó del sofá de la caravana e intentó salir corriendo por la puerta, pero éste lo detuvo antes de que desapareciera.

—Suéltame —exigió él.

George negó con la cabeza.

—No puedes salir en ese estado —señaló lo evidente—. Tienes que tranquilizarte, y tienes que pensar las cosas más despacio. ¿Sabes dónde se encuentra esa tal Cris?

David negó con la cabeza y miró a su amigo.

—George, tengo miedo de no encontrar a Marta —le confesó.

El director asintió, tiró de él hacia adentro de la caravana y lo acomodó de nuevo en el sofá.

—Te ayudaré.

Y lo había hecho desde entonces. Habían pasado casi tres semanas desde que habían localizado a la abogada, gracias a Bea, la dueña de la cafetería donde David y Marta habían coincidido. Fue ella quien les había dado la dirección de la letrada y su teléfono, pero después de demasiadas negativas por parte de la mujer para recibirlos o para atenderlos por teléfono, no había podido evitar que David decidiera aparecer en el despacho sin previo aviso y algo nervioso.

—No está aquí —anunció Cristina.

David la miró calibrando si les estaba gastando o no una broma.

—Mira, bonita...

—David... —le advirtió George—. Lo que mi amigo quiere saber, señorita Sánchez, es si podría ayudarlo a encontrar a su amiga Marta —añadió dirigiéndose a la abogada con su mejor sonrisa.

Cristina observó al director.

—Lo he entendido muy bien, señor... —dudó—. Discúlpeme, pero no recuerdo su apellido.

—George, con George es suficiente —puntualizó él, sonriéndole de nuevo.

Ella rechinó los dientes. Los hombres que iban de sobrados por la vida no eran de su agrado, por muy atractivos que fueran. Suspiró y estiró los brazos sobre la mesa.

—Lo que quiero decirles es que no se halla en el pueblo, y no sé si querrá que usted la encuentre —dijo señalando al actor.

David se despeinó el cabello, se agarró las manos y volvió a soltarlas para, a continuación, pasarlas sobre la tela del vaquero.

—Necesito encontrarla —rogó.

—¿Por qué? La dejó sola ante esa bandada de buitres —la acusó Cristina sin temor—. Sola ante esa carroña, mientras usted había desaparecido.

Él se levantó de su silla y fue hacia los cajones que se encontraban cerca de la puerta. Encima de ellos había un pequeño jarrón, donde una única flor daba una gota de color al despacho.

—Tuve que irme.

Cristina se rio.

—Ya, eso ya lo sabemos —replicó.

—Era importante, y yo...

—¿Tanto como para abandonarla? —le recriminó—. Para Marta fue una semana horrible. Las revistas se cebaron con ella, el teléfono no paraba de sonar buscando una entrevista con la última conquista de David Finch. Las miradas y las especulaciones de la gente por la calle pudieron con ella —dijo describiendo todo lo que había vivido su amiga—. Y usted no estaba a su lado

David expulsó el aire que retenía, se volvió hacia la mujer y le enfrentó la mirada.

—Me avisaron de que habían encontrado a mi hermana, a Clara —explicó reticente—. Una sobredosis.

Cristina ahogó una exclamación.

—¿Está...?

George miró a la letrada y negó con la cabeza.

—Tuve que irme con urgencia —explicó David—. Los trámites se demoraron mucho más de lo que esperaba, y cuando regresé... Marta ya no estaba —sentenció mientras se sentaba de nuevo en la silla.

La mujer miró a ambos hombres, calibrando qué era lo correcto.

—No sé si...

David atrapó las manos femeninas y atrajo su atención.

—La amo —declaró.

Capítulo 15

Un beso es sólo un beso. Sólo tiene la importancia que tú quieras darle. Puede no significar nada...
O puede cambiarlo todo.

LAURA GALLEGO GARCÍA, *Memorias de Idhún*

La gran puerta de madera de la casa de piedra se abrió dando paso a una mujer rubia, de cabello corto, con unos grandes ojos negros.

—Te esperábamos —fue el escueto saludo que recibió David, lo que lo descolocó.

La mujer sonrió, le hizo una señal con la mano para que la siguiera y desapareció por el pasillo.

David miró a ambos lados de la calle y no vio a nadie. El sol declinaba ya en el horizonte y el aire silbaba dándole la bienvenida. Se había trasladado desde la Comunidad de Madrid hasta un pequeño pueblo de Castilla-La Mancha, donde, según Cristina, podría encontrar a Marta.

Se adentró en el interior de la enorme casa a través de un pasillo que lo llevó hasta un salón donde dos sofás enormes ocupaban la mayor parte del espacio. Delante de ellos, el hogar crepitaba en una chimenea de pizarra negra, calentando el espacio.

—Bienvenido —lo saludó un hombre moreno de mirada azulada que le estrechó la mano—. Soy Saúl, y ella —señaló a la mujer, que se había sentado en uno de los sofás— es Em.

David asintió con la cabeza.

—Yo soy...

—David Finch, el actor —lo interrumpió la mujer—. Hemos oído hablar mucho de ti.

El recién llegado movió la cabeza, buscando a la persona que suponía que podía haberles hablado de él.

—No está aquí —anunció Saúl.

A David se le cayó el alma a los pies.

—Pero debe de estar a punto de regresar —añadió la mujer, comprobando el cambio de expresión en el rostro del actor.

—¿Quieres algo? —le preguntó el dueño de la casa intentando ser un buen anfitrión.

David negó con la cabeza.

—¿Está bien?

La pareja intercambió miradas cómplices. Ambos sabían a quién se refería sin necesidad de mencionar el nombre.

Em se dirigió hacia ellos, que estaban próximos a una mesa rectangular de madera, rodeada de cuatro sillas.

—Ahora sí —confesó—. Pero...

—Em, no —la regañó el hombre.

Ella le guiñó un ojo.

—Necesitan un empujoncito.

—No te entrometas —insistió él.

Ella se acercó hasta Saúl y le dio un beso.

David los observaba anonadado. Hablaban de Marta y de él como si no se encontrara en la sala, junto a ellos.

—Perdonad —reclamó su atención—. Yo sólo quiero encontrarla.

Saúl observó el rostro del actor y vio la desesperación que poblaba su mirada celeste. Un sentimiento que conocía muy bien de cuando había estado tanto tiempo separado de Emily.

—Sal por la primera calle de la derecha y dirígete hacia el campo. Te encontrarás un pequeño sendero, no lo pierdas de vista —le indicó mientras lo acompañaba hasta la puerta—. Ha salido a pasear y siempre coge la misma ruta.

David asintió, le musitó un «Gracias» y salió corriendo en la dirección que el hombre le había señalado.

—¿No decías que no debíamos entrometernos? —adujo Em por detrás de él mientras observaba cómo el actor se perdía por las calles del pueblo.

Saúl cerró la puerta, la agarró de la cintura y la alzó, obligándola a que lo rodeara con sus piernas.

—He reconocido a alguien cercano cuando perdió a la mujer que amaba.

Em acarició la adusta mejilla del que sería su marido dentro de unos días, se acercó a su boca y sugirió:

—¿Y si subimos al dormitorio?

Saúl la miró con deseo.

—Volverán en cualquier momento —expuso con poca convicción.

Ella le mordió la barbilla, arrancándole un gutural jadeo, y miró a su amado.

—Si son como nosotros, y no creo equivocarme, tardarán en regresar. ¿Te acuerdas de la cabaña?

La risa del hombre reverberó por toda la casa mientras la conducía escaleras arriba, al dormitorio que compartían.

David llevaba ya mucho andado y no había ni rastro de Marta. Creía que había seguido correctamente las directrices de Saúl, pero, ante la tardanza en encontrarla, ya dudaba hasta de si lo había entendido bien. La oscuridad comenzaba a caer sobre el campo y, con ella, un frío húmedo, cuando de pronto vio a lo lejos una vieja cabaña y lo que parecía la luz de una linterna a través de una de sus ventanas.

Aceleró el paso y, cuando llegó a la puerta, se detuvo. Estaba temblando. Ahora, cuando ya casi había alcanzado su meta, dudaba de lo que podría encontrarse. ¿Y si ella ya no quería estar con él? ¿Y si...?

Soltó el aire que retenía y se dijo: «Si no cruzas esa puerta, te arrepentirás». Contó hasta tres y tiró de ella.

—¿Quién anda ahí? —La voz de Marta le llegó con temor.

David avanzó en la oscuridad hasta situarse cerca de ella.

—Soy yo.

Ella se llevó una mano al cuello.

—David... ¿Cómo?

Él se apartó el flequillo de la cara y le sonrió con timidez. Estaba preciosa, y la había echado mucho de menos.

—Cristina y luego tus amigos, Saúl y Em.

Ella se giró dándole la espalda para impedir que viera su rostro. Lo había extrañado mucho. Cada hora, cada minuto y cada segundo que había estado lejos de él había sido un suplicio para su corazón. Su cara lo reflejaba, o por lo menos eso era lo que Em le decía cada mañana desde que había llegado al pueblo. Ahora, al tenerlo delante de ella, comprobó que no podría resistirse a su encanto.

—¿A qué has venido? —lo increpó con falso desagrado.

David encajó el golpe, pero no pensaba desistir sin luchar.

—A por ti —repuso. Observó cómo una de sus manos temblaba y se agarraba a la falda morada para evitar que se le notara. No le era indiferente.

Ella se dirigió hacia la ventana, alejándose de él.

—¿Por qué? —Le tembló la voz.

David se acercó hasta ella y posó una mano en cada uno de sus brazos. Las movió de arriba abajo transmitiéndole multitud de sensaciones. ¡Cómo la había extrañado!

—¿No lo sabes? —Marta negó, al tiempo que él se aproximaba a su cabello, que llevaba suelto, y aspiraba su aroma—. Porque sin ti no estoy completo. Soy sólo una mínima parte del ser humano que un día dejaste entrar en tu librería. No sabía que algo me faltaba hasta que te encontré.

Ella suspiró.

—Me dejaste sola.

David apoyó la frente en la cabeza de ella y respiró profundamente.

—Lo sé, y no sabes cómo lo lamento, pero surgió algo importante y...

—¿Qué fue eso tan importante? —lo interrogó ella, destilando rencor en su pregunta. Luego se volvió hacia él y lo encaró—. Me dijiste que lo enfrentaríamos juntos.

David miró esos ojos que tan bien conocía, en los que las lágrimas pugnaban por salir. Se acercó hasta ella e intentó atrapar sus manos, pero Marta se escabulló de su agarre, separándose una vez más de él. Llevó su mano hasta el cabello y cerró los ojos.

—Marta, Clara ha muerto —confesó entonces.

La joven lo miró sorprendida.

—¿Tu hermana? —Él asintió—. ¿Y Leire? ¿Cómo está?

David dio una patada a una piedra que había en el suelo.

—Bien. Eso creo —dijo—. Me avisaron de que la habían encontrado y tuve que marcharme.

Marta asintió.

—¿Dónde está Leire? —insistió preocupada por la pequeña.

—Tras el funeral, la dejé con los padres de George, que cogieron un vuelo en cuanto los avisamos. Tuvieron que abandonar el crucero en el que estaban —explicó con tristeza.

El silencio los envolvió, sólo roto por el aullido de un animal lejano.

—Y ¿tú cómo estás? —se interesó Marta, acercándose a él con lentitud.

David atrapó una de sus delicadas manos y comenzó a acariciarla, sin encontrar resistencia por su parte.

—Bien. Creo que en el fondo esperaba que algún día terminara así —reveló—. La que me preocupa ahora es Leire, pero si estás a mi lado creo que podré con todo.

Marta aguantó la respiración ante su confesión.

—David, yo... —Intentó zafarse de su agarre, pero él se lo impidió, acercándola más a su cuerpo, y la abrazó.

—Marta, te necesito. Dime que lo que hemos vivido, los momentos compartidos no han significado nada para ti, y entonces... entonces te dejaré marchar. No sabrás nunca más de mí.

Ella observó el rostro que la había acompañado desde que había abandonado su casa y su corazón dio un vuelco, agitando todo su interior.

—La prensa, lo que han dicho de mí... —explicó con temor—. David, no sé si podré soportarlo.

Él le apartó unos mechones marrones y le subió las gafas con lentitud por la nariz.

—Son sólo palabras, y las palabras no hieren si tú no las dejas.

Marta cerró los ojos.

—Tengo miedo de que un día puedan separarnos, de que termines creyendo lo que dicen y decidas dejarme —confesó.

David permitió que sus manos le acariciaran la espalda y la besó en las pequeñas motas de la nariz, sus besos de ángel.

—Eso nunca sucederá —vaticinó—, pero si alguna vez llegara a suceder, acudiré a ti antes de salir corriendo.

La alusión a su huida hizo que el rostro de Marta enrojeciera.

—Tenía que alejarme por un tiempo de allí —se defendió—. Creí que, si no me veían, quizá la noticia se enfriara.

David asintió. Comprendía que era una buena idea, de no ser por el susto que le había dado al no encontrarla.

—Pero sin una nota, una despedida... —le recriminó mientras le acariciaba la mejilla con un dedo—. Dejaste Para Regalo vacía y creí que te había perdido.

Ella sintió el miedo en sus palabras.

—Lo lamento, pero me entró el pánico.

—¿Y los libros? ¿Tus cosas? —indagó él.

Marta comprendió que le debía una explicación.

—Ya sabes que la librería no pasa por su mejor momento. —David asintió—. No sé cómo lo hizo Cris, pero consiguió que alguien se interesara por los libros que tenía, y parece ser que entre algunos de ellos se encontraban grandes joyas.

—Pero Para Regalo es tu vida. —El actor sabía lo que suponía para ella esa pequeña librería.

—Sí, pero volveré —indicó ella, sorprendiéndolo—. Con la venta de esos libros he conseguido algo de dinero y, aunque no he podido saldar la deuda completa con el banco, sí hemos logrado que me modifiquen la cuota. Arreglaré la librería y la acondicionaré para llevar a cabo presentaciones o clubes de lectura. Dicen que últimamente es lo que atrae a la gente.

David la miró con veneración.

—Estoy muy orgulloso de ti. —Marta se sintió halagada por sus palabras—. Y creo que le debo una disculpa a Cristina.

Ella lo miró confusa.

—¿Por qué?

El actor le guiñó un ojo travieso.

—Como no te encontraba, acudí a ella y, ante su negativa a recibirme o cogerme el teléfono, me presenté en su despacho de muy malos modos.

Marta se rio. Había extrañado su risa, pensó el actor.

—No te preocupes. Cristina sobrelleva muy bien ese tipo de incidentes.

—Eso dijo George. Parece que tu amiga le causó muy buena impresión —anunció él—. ¿Volverás conmigo a Madrid? —le preguntó de pronto, sorprendiéndola.

Marta lo observó durante unos segundos.

—¿Juntos?

—Juntos —corroboró David mientras dejaba que sus dedos se perdieran por debajo de su blusa azul.

—Hay un problema —dijo ella, lo que provocó que los movimientos del actor se detuvieran por un breve segundo.

David la miró y levantó una de sus cejas rubias. Creía que ya estaba todo solucionado entre ellos.

—¿Cuál?

—Mi apartamento. —Él asintió—. No está muy bien acondicionado ahora mismo.

La risa del hombre los envolvió.

—Ya, ya lo he visto.

—Como había que vaciar la parte de abajo para hacer la reforma, decidí que, ya que estaba, podía remodelar también la de arriba. Metí todo lo que pude en el guardamuebles que alquilé y ahora sólo está el colchón.

David le guiñó un ojo.

—Creo que tengo una solución para eso. —Le dio un pequeño beso en la punta de la nariz—. El rodaje de la película está a punto de terminar, pero podría hablar con el dueño de la casa en la que me alojo por si puede ampliar unos meses más el alquiler.

Marta le sonrió.

—Es una buena opción, si tú lo ves bien.

—Estaremos juntos las veinticuatro horas del día, creo que podré soportarlo.

Ella lo golpeó en el hombro.

—¿Estaremos bien? —Dudó por unos segundos.

David acercó la boca hasta sus labios y le susurró:

—Juntos estaremos bien. —Y la besó sellando sus palabras.

Epílogo

... y vivieron felices para siempre...

Las luces de los flashes destellaban en la noche madrileña. La Gran Vía se había vestido de gala para el estreno de la última película del actor David Finch, al que se esperaba con expectación.

El público allí reunido no paraba de llamar a gritos al resto del reparto, pedir selfies o autógrafos, mientras la prensa entrevistaba al director.

En ese momento, un Rolls-Royce clásico se detuvo delante de la escalinata del teatro Lope de Vega, acaparando la atención de los allí presentes. Un hombre vestido de etiqueta abrió la puerta y los gritos de los espectadores resonaron en la calle, compitiendo con el ruido del tráfico de la avenida.

David Finch salió de su interior, vestido con un traje gris marengo y una corbata violeta, a juego con el traje de su acompañante. Saludó a los allí reunidos para, a continuación, ayudar a descender del vehículo a su pareja. Una mujer de cabello cobrizo recogido en un elegante peinado, con un vestido de muselina delicada y que llevaba unas gafas de montura roja, le sonrió con timidez.

El actor le dio un suave beso en la mejilla y le susurró:

—Tranquila, estamos juntos.

Agradecimientos

La historia de Marta y David me ha hecho reencontrarme con muchos personajes a los que extrañaba y con los que perdí mi «virginidad» dándome a conocer como escritora. Gracias al interés de esos lectores que disfrutaron de Em y de Saúl, de Álex y de León, he podido volver a mi pequeño pueblo para ver cómo se encontraban.

Es un hecho claro en mi vida que las novelas no tendrían un final sin mi familia, las personas que siempre están a mi lado y me instan a que siga escribiendo. Gracias.

Gracias a mi niño, porque, con su paciencia y su insistencia para que escriba, con tan sólo cinco años, puedo hacer realidad miles de aventuras que pueblan mi cabeza.

Gracias a mis amigas, a las personas que leen mis escritos y me animan a continuar, bajo amenaza de pena de muerte si no lo hago.

Y gracias a vosotros, los lectores, quienes leéis mis historias y disfrutáis de ellas.

Alissa Brontë nació en Granada en 1978. Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica, y ha sido galardonada durante tres años consecutivos en diversos certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Válnez ha obtenido un notable éxito con sus libros autopublicados, *Devórame* y *Precisamente tú*, por lo que está considerada como una de las promesas de la literatura romántica con más futuro. En la actualidad reside en Sevilla con su marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: www.alissabronte.webs.com

Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Merche Diolch, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16727-3

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / www.victorigual.com